

La Pluma

AÑO II.

MADRID, AGOSTO 1921

NÚM. 15.

LOS CVERNOS DE DON FRIOLERA ESPERPENTO SV AVTOR DON RAMÓN DEL VALLE-INCLÁN

ESCENA UNDÉCIMA

NOCHE ESTRELLADA. Fragancia serena. Un huerto de naranjos y claveles, con el claro de luna sobre la tapia. Cantan los grillos y se apagan las luces de algunas ventanas. Juanito Pacheco, encaramado a un árbol, acecha una reja vecina, que, en las frondas de otro huerto, permanece iluminada. Doña Loreta, con peinador lleno de lazos, sale a la reja, y el galán saca la figura sobre la copa del árbol, negro y torcido como un espanta-pájaros.

DOÑA LORETA

¡Pachequín!

LA PLUMA

¡Prenda adorada!

PACHEQUÍN

¡Qué compromiso!

DOÑA LORETA

¿Te llegó mi mensaje?

PACHEQUÍN

DOÑA LORETA

¡Estoy volada! A mí poco me importa morir, pero me sobrecoge pensar que peligrará la vida de un sujeto de las circunstancias de usted, Pachequín.

PACHEQUÍN

¡Así habla el amor! Por lo demás, un hombre es como otro, y servidorcito no le teme al teniente.

DOÑA LORETA

¡Es un sanguinario!

PACHEQUÍN

¡Yo soy alicantino!

DOÑA LORETA

¡Ay Pachequín, qué negra estrella! Si tomó una resolución de matarnos la cumplirá, es muy temoso.

PACHEQUÍN

Yo, donde le vea venir frente a mí, le madrugo.

DOÑA LORETA

Y se pierde usted, Pachequín.

PACHEQUÍN

Nada me importa, si salvo la vida de una esposa mártir.

DOÑA LORETA

¡Mi destino es morir degollada!

PACHEQUÍN

¡O de un tiro traidor...!

LA PLUMA

Lleva una faca.

DOÑA LORETA

PACHEQUÍN

Pues el sujeto que me avisó de andar con cautela le ha visto
aceitar un pistolón.

DOÑA LORETA

Morir, no me importa.

PACHEQUÍN

Ahora digo yo lo que me dijeron en cierta ocasión. La vida es
muy rica.

DOÑA LORETA

Cuando hay felicidad, Pachequín.

PACHEQUÍN

Tu felicidad es ser mi compañera.

DOÑA LORETA

No puedo abandonar mi obligación de esposa y madre.

PACHEQUÍN

¿Eso quiere decir que al considerarme correspondido me equi-
vocaba?

DOÑA LORETA

Usted necesita una mujer sin compromisos.

PACHEQUÍN

¡Loretita, todo nos une!

DOÑA LORETA

¡Mi honra nos separa!

PACHEQUÍN

¿Y la vida?

DOÑA LORETA

¡Prefiero la honra a todo!

LA PLUMA

¡Mujer extraordinaria!

PACHEQUÍN

Como debo de ser.

DOÑA LORETA

PACHEQUÍN

Pero mi corazón enamorado no puede consentir que una esposa modelo sufra pena que no merece. Si ese hombre demente se satisface con beberse mi sangre, me avistaré con él. ¡Se la ofreceré en holocausto, a cambio de salvarte!

DOÑA LORETA

¡Yo soy quien debe morir!

PACHEQUÍN

Morir o matar, a mí me sale por nada.

DOÑA LORETA

¿Y no vernos más? ¡Ay, Pachequín esas no son palabras de un hombre que ama!

PACHEQUÍN

Lo son de un hombre desesperado.

DOÑA LORETA

¡Tirano, no me sobresaltes! ¿Qué pretendes?

PACHEQUÍN

Que mires de salvar tu vida.

DOÑA LORETA

¡Dame tú el remedio!

PACHEQUÍN

¿Acaso no está manifiesto? ¡Pídele alas al amor! ¡Deja ese calabozo, deja esas tinieblas!

DOÑA LORETA

Calla. ¿Qué hombre eres tú? ¡Si me amas, calla! ¡No me ofusques! ¡Soy una débil mujer enamorada!

PACHEQUÍN

¡Muéstralo!

DOÑA LORETA

¿Y tú sabes a lo que te obligas? ¿Por ventura, lo sabes? ¡Una mujer es una carga muy grande!

PACHEQUÍN

¡Una mujer, si media amor, es un peso muy dulce!

DOÑA LORETA

Luego sentirías el empalago.

PACHEQUÍN

¡Me calumnias!

DOÑA LORETA

¡Tu desvío sería para mí una puñalada traidora!

PACHEQUÍN

Juan Pacheco, no da esas puñaladas.

DOÑA LORETA

¿No tendrás ese descarte conmigo?

PACHEQUÍN

¡Pídemelo el juramento que te satisfaga!

DOÑA LORETA

¡Tirano! ¡Manifiesta claramente el sacrificio que pretendes de esta mujer ciega!

PACHEQUÍN

¡Que me sigas!

DOÑA LORETA

¡Nos veremos perseguidos!

LA PLUMA

PACHEQUÍN

¡Te conduciré al fin del mundo! Lejos de aquí pasaremos por casados.

DOÑA LORETA

¡Tentador, mira mis lágrimas, ya que mirar no sabes en mi corazón! ¡Juan Pacheco, soy madre, no pretendas que abandone al ser de mis entrañas!

PACHEQUÍN

Concédeme siquiera venir una hora a mi casa. Cumple la promesa que me hiciste. ¡Loretita, has encendido el fuego de un volcán en mi existencia!

DOÑA LORETA

¡Si te sigo me pierdo para siempre!

PACHEQUÍN

¡No te retendré!

DOÑA LORETA

Ni me harás tuya.

PACHEQUÍN

Por la fuerza no apetezco yo cosa ninguna. ¡Recuerda mis procedimientos cuando te tuve en mis brazos! Baja al huerto, concédeme, al menos, hablarte con las manos enlazadas.

DOÑA LORETA

¡Ay, Pachequín, tú conseguirás perderme!

PACHEQUÍN

¡Concédeme la gracia que te pido!

DOÑA LORETA

¡Me pedirías la vida y no sabría negártela!

La tarasca se retira de la reja y sale al huerto. Se anuncia sobre la arena del sendero, con rumor de enaguas almidonadas. El galán, negro y zancudo, salta del árbol a la tapia lunera, y de la tapia al huerto. Cae, abriendo las espas de los brazos.

LA PLUMA

PACHEQUÍN
¡Tormento!

DOÑA LORETA
¡Tirano!

Doña Loreta, suspira llevándose las manos a las sienes y el galán la abraza por el talle, bizcando un ojo sobre los perifollos del peinador, por guipar en la vasta amplitud de los senos.

DOÑA LORETA
¡La cabeza se me vuela!

PACHEQUÍN
¡Mujer adorada!

DOÑA LORETA
¡Casi no te veo!

PACHEQUÍN
¡Arrebato de sangre, confusión de nervios, Loretita!

DOÑA LORETA
¡Tendré que sangrarme!

PACHEQUÍN
¡Vida mía, me entra un escalofrío de pensar que te pinchen la vena!

DOÑA LORETA
¡Zaragatero!

PACHEQUÍN
¡Negrona!

DOÑA LORETA
¡Me pierdes!

PACHEQUÍN
¡Fea!

DOÑA LORETA
¡Déjeme usted, Pachequín!

LA PLUMA

PACHEQUÍN

¡No puedo!

DOÑA LORETA

¡Pero usted está siempre dispuesto!

PACHEQUÍN

¡Naturalmente!

DOÑA LORETA

¡Qué hombre!

PACHEQUÍN

¡El propio para tus fuegos!

DOÑA LORETA

¡Se engaña usted, Pachequín! Yo soy una mujer apática. Déjeme usted seguir mi suerte. Somos en el querer muy opuestos.

PACHEQUÍN

¡Me enciendes en una llama!

DOÑA LORETA

¡Calla...! ¡Pasos en la casa y abrir y cerrar de puertas! ¡Estamos perdidos!

ESPANTO Y ASPAVIENTOS: Se desprende del abrazo amoroso y pone atención a los ventalleros del huerto. Pachequín, de reojo, mide la tapia y tiende la oreja con el mismo gesto palpitante que Doña Loreta.

PACHEQUÍN

Me parece que ha sido un sobresalto inmotivado.

DOÑA LORETA

¡Calla!

PACHEQUÍN

¡No oigo nada!

DOÑA LORETA

¡La niña se ha despertado y llora de miedo! ¿No la oyes, tirano?
¿No te conmueve?

PACHEQUÍN

¡Vida mía, temí una tragedia! ¡Ya estaba con el revólver en la
mano!

DOÑA LORETA

¡Tú me perderás!

PACHEQUÍN

¡Si me amas, sígueme!

DOÑA LORETA

¿No te conmueve el llanto de ese ángel?

PACHEQUÍN

¡Es fruto de tus entrañas y no puedo menos de conmovirme!

DOÑA LORETA

¿Y quieres que por seguirte desgarré mi corazón de madre?

PACHEQUÍN

Loretita, no es caso de conflicto entre opuestos deberes. Este
nudo gordiano lo corto yo con mi navaja barbera. Tú me sigues y
ese ángel nos acompaña, Loreta. Ve a por tu hija. ¡Tendrá en mí un
padre, como si fuese huérfana!

DOÑA LORETA

Hombre funesto, ¿sabes a lo que te comprometes?

PACHEQUÍN

¡No me hables más! ¡Madre atormentada, ve a por tu hija!

DOÑA LORETA

¡Seré tu sierva!

PACHEQUÍN

¡Corre!

LA PLUMA

DOÑA LORETA

¡Vuelo!

JAMONA, REPOLLUDA Y GACHONA, con mucho bulle-bulle de las faldas, toda meneos, se aleja por el sendero morisco, blanco de luna y fragante de albahaca y claveles. Pachequín, finchado sobre la pata coja, negro y torcido, abre las aspas de los brazos, bajo el nocturno de luceros.

PACHEQUÍN

¡San Antonio, si no me has dado esposa como es debido, me das una digna compañera...! Te lo agradezco igual, Divino Antonio, y solamente te pido en esta hora salud, y que no me falte trabajo. En adelante tendré que mantener dos bocas más. ¡Son obligaciones de casado! ¡Mírame como tal casado, Divino Antonio! ¡Me hago el cargo de una familia abandonada! ¡Preserva mi vida de malos sucesos, donde se cuentan los acaloramientos de un hombre bárbaro...!

CLARO MORISCO DE LA LUNA, senderillo perfumado de verbena, con la moña desnuda en los brazos, sofocada, surge la tarasca. Pachequín abre el compás desigual de las zancas y corre a su encuentro.

PACHEQUÍN

Yo te descargo del dulce peso.

DOÑA LORETA

¡Gracias!

AL CAMBIO DE BRAZOS, la moña pone los gritos en la luna. El raptor, negro y torcido, escala la tapia. Encaramado, alarga una mano al serpentón de la tarasca. Don Friolera, dando traspiés, irrumpe en el huerto, los pantalones potrosos, el ros sobre una oreja, en la mano un pistolón.

DON FRIOLERA

¡Vengué mi honra! ¡Pelones! ¡Villa de cabrones! ¡Un militar no es un paisano! ¡Pin, pan, pun! ¡No me tiembla a mí el pulso! ¡Hecha justicia me presento a mi coronel!

Dispara el pistolón, y con un grito los fantoches blancos de la tapia se doblan sobre el otro huerto. Doña Loreta reaparece, los pelos de punta, los brazos levantados.

DOÑA LORETA

¡Pantera!

NUEVAMENTE SE DERRUMBA. Algunas estrellas se esconden asustadas. En su bufarda, como una lechuza, acecha Doña Tadea, y se aleja con una arenga embarullada el fantoche de Otelo.

DON FRIOLERA

¡Vengué mi honra! ¡Pelones! ¡Villa de cabrones! ¡Un militar no es un paisano!

ESCENA ÚLTIMA

SALA BAJA CON REJAS. Esterillas de junco. Una mampara verde. Legajos sobre la mesa, y sobre el sillón, con funda, el retrato del Rey Niño. El Coronel, Don Pancho Lamela, con las gafas de oro en la punta de la nariz, llora enternecido leyendo el folletín de La Época. La Coronela, en corsé y falda bajera, escucha la lectura un poco más consolada. Se abre la mampara. Aparece el Teniente Don Friolera, resuena un grito y se cubre el escote con las manos Doña Pepita la Coronela.

LA PLUMA

EL CORONEL

¡Insolente!

DOÑA PEPITA

¡Cierre usted los ojos, Don Friolera!

EL CORONEL

¡Cúbrete con el periódico, Pepita!

DON FRIOLERA

¡Hay sangre en mis manos!

DOÑA PEPITA

DOÑA PEPITA

¡Cierre usted los ojos, so pelma!

EL CORONEL APARTA el sillón, y sale al centro de la sala luciendo las zapatillas de terciopelo, bordadas por su señora. Abierto el compás de las piernas, y un dedo alzado, se encara con Don Friolera.

EL CORONEL

¡Cuádrese usted!

DON FRIOLERA

¡A la orden, mi coronel!

EL CORONEL

¿Quién es usted?

DON FRIOLERA

Teniente Astete, mi coronel.

EL CORONEL

¿Con destino en la Ciudadela?

DON FRIOLERA

Así es, mi coronel.

EL CORONEL

¿Ha sido usted llamado?

DON FRIOLERA

No, mi coronel.

EL CORONEL

¿Qué permiso tiene usted?

DON FRIOLERA

No tengo permiso, mi coronel.

EL CORONEL

¡Pues a su puesto!

DON FRIOLERA

Tengo, urgentemente, que hablar a vucencia.

EL CORONEL

¡Teniente Astete, vuelva usted a su puesto y solicite con arreglo a ordenanza! ¡Y espere usted un arresto!

DON FRIOLERA

¡Envíeme vucencia a prisiones, mi coronel! ¡Vengo a entregarme! ¡La sangre del adulterio ha corrido a raudales! ¡Friolera! ¡Visto el uniforme del Cuerpo de Carabineros!

EL CORONEL

¡Que usted deshonra con el feo vicio de la borrachera!

DON FRIOLERA

¡Gotean sangre mis manos!

EL CORONEL

¡No la veo!

DOÑA PEPITA

¡Es un hablar figurado, Pancho!

EL CORONEL DIRIGE LOS OJOS a la puerta de escape, donde se esconde la Coronela, que enseña un hombro desnudo, y encubre el resto del escote con La Época.

LA PLUMA

EL CORONEL
¡Retírate, Pepita!

DOÑA PEPITA
¿A quién mató usted? ¡Dígalo usted de una vez, pelmazo!

DON FRIOLERA
¡Maté a mi señora, por adúltera!

LA CORONELA
¡Qué horror! ¿No tenían ustedes hijos?

DON FRIOLERA
Una huérfana nos queda. Me la represento ahora abrazada al cadáver, y el corazón me duele. El padre, ya lo ve usted, camino de prisiones militares; la madre, mortal, con una bala en la sien.

DOÑA PEPITA
¿Tú crees esa historia, Pancho?

EL CORONEL
Empiezo a creerla.

DOÑA PEPITA
¿No ves la papalina que se gasta?

EL CORONEL
¡Retírate, Pepita?

DOÑA PEPITA
¡Espera!

EL CORONEL
¡Pepita, te retiras o te recatas mejor con el periódico!

DOÑA PEPITA
Si se ve algo, que lo lleven a la plaza.

EL CORONEL
¡Retírate!

DOÑA PEPITA

¡Turco!

DON FRIOLERA

¡Desde teniente a general, en todos los grados debe morir la esposa que falta a sus deberes!

DOÑA PEPITA

¡Papanatas!

ARROJA EL PERIÓDICO AL CENTRO de la sala y desaparece con un remangue, batiendo la puerta. El Coronel tose, se cala las gafas y abre el compás de sus chinelas bordadas, alzando y bajando un dedo. El fantoche del teniente, rígido y cuadrado, la mano en la visera del ros, parece atender con la nariz.

EL CORONEL

¡Qué barbaridad ha hecho usted?

DON FRIOLERA

¡Lavé mi honor!

EL CORONEL

¿No son absurdos del vino?

DON FRIOLERA

¡No, mi coronel!

EL CORONEL

¿Está usted sin haberlo catado?

DON FRIOLERA

Bebí después, para olvidar... Vengo a entregarme.

EL CORONEL

Teniente Astete, si su declaración es verdad, ha procedido usted como un caballero. Excuso decirle que está interesado en salvarle el honor del Cuerpo. ¡Fúmesese usted ese habano!

LA PLUMA

DOÑA PEPITA IRRUMPE en la sala, sofocada, con abanico y bata de lazos. Se derrumba en la mecedora, enseñando una liga.

DOÑA PEPITA

¡Qué drama! ¡No mató a la mujer! ¡Mató a la hija!

EL CORONEL

¿Ha oído usted, desgraciado?

DON FRIOLERA

¡Sepúltate, alma, en los Infiernos!

EL CORONEL

Pepita, que le sirvan un vaso de agua.

DON FRIOLERA

¡Asesinos! ¡Cabrones! ¡Más cabrones que yo! ¡Maté a mi mujer! Mate usted a la suya, mi coronel! Mátela usted, que también se la pega! ¡Pin, pan, pun!

DOÑA PEPITA

¡Idiota!

EL CORONEL

¡Teniente Astete, ha perdido usted la cabeza!

DOÑA PEPITA

¡Pancho, imponle un correctivo!

EL CORONEL

¡Pepita, la vida de un hijo es algo serio!

DOÑA PEPITA

¡Qué crimen horrendo!

EL CORONEL

Teniente Astete, pase usted arrestado al cuarto de Banderas.

DON FRIOLERA

¡Me estoy muriendo! ¿Podría pasar al Hospital?

EL CORONEL

¡Puede usted hacerlo!

DON FRIOLERA

¡A la orden, mi coronel!

EL CORONEL

Indudablemente ha perdido la cabeza. Explicáte tú, Pepita: ¿Quién te ha contado ese drama?

DOÑA PEPITA

¡El asistente!

EPÍLOGO

LA PLAZA DEL MERCADO, en una ciudad blanca, dando vista a la costa de África. El ciego pregona romances en la esquina de un colmado, y las rapadas cabezas de los presos asoman en las rejas de la cárcel. El perrillo del ciego alza la pata al arrimo de una valla decorada con desgarrados carteles, postrer recuerdo de las ferias, cuando vino a llevarse los cuartos la María Guerrero.—«El Gran Galeoto».—«La Pasionaria».—«Mariana».—«El Nudo Gordiano».—«La Desequilibrada».

ROMANCE DEL CIEGO

En San Fernando del Cabo,
perla marina de España,
residía un oficial
con dos cruces pensionadas,

LA PLUMA

recompensa a sus servicios
en guarnición y en campaña.
Sin escuchar el consejo
de amigos que le apreciaban,
casó con una coqueta,
piedra imán de su desgracia.

Al cabo de poco tiempo
—el pecado mal se guarda—
un anónimo le advierte
que su esposa le engañaba.

Aquel oficial valiente,
mirando en lenguas su fama,
rasga el papel con las uñas
como una fiera enjaulada,
y echando chispas los ojos,
vesubios de sangre humana,
en la cintura se esconde
un revólver de diez balas.

Esperando la ocasión
a su esposa festejaba,
disimulando con ella
porque no se recelara.

Al cabo de pocos días
supo que se entrevistaba
en casa de una alcahueta
de solteras y casadas.

Allí dirige los pasos,
la puerta encuentra cerrada,
salta las tapias del huerto
la vuelta dando a la casa,
y oye pronunciar su nombre
entre risas y soflamas.

Sofocando un ronco grito,
propia pantera de Arabia,
en astillas, de los gonces,
hace saltar la ventana.

¡Sagrada Virgen María,

la voz tiembla en la garganta
al narrar el espantoso
desenlace de este drama!

Aquel oficial valiente,
su revólver de diez balas,
dispara ciego de ira
creyendo lavar la mancha
de su honor. ¡Ay, no sospecha
que la sangre derramaba
de su hija Manolita,
pues la madre se acompaña
de la niña, por hacer
salida disimulada.

¡Y el cortejo la tenía
al resguardo de la capa!

Cuando el valiente oficial
reconoce su desgracia,
con los ayes de su pecho
estremece la Alpujarra.

A la mujer y al querido
los degüella con su hacha;
las cabezas ruedan juntas,
de los pelos las agarra,
y con ellos se presenta
al general de la plaza.

Tiene pena capital
el adulterio en España,
y el general Polavieja,
con arreglo a la Ordenanza,
el pecho le condecora
con una cruz pensionada.

En los campos de Melilla
hoy prosigue sus hazañas;
él sólo mató cien moros
en una campal batalla.

Le proclaman nuevo Prim
las kabilas africanas,

LA PLUMA

y el que fué Don Friolera
en lenguas de la canalla,
oye su nombre sonar
en las lenguas de la Fama.
El Rey le elige ayudante,
la Reina le da una banda,
la Infanta doña Isabel
un alfiler de corbata,
y dan a luz su retrato
las revistas ilustradas.

*TRAS UNA REJA DE LA CÁRCEL están asomados Don Manolito y Don Estrafalario. Huelga decir que son huéspedes de la tre-
na, por sospechosos de poner bombas, y de haber hecho mal de ojo a un
burro en la Alpujarra.*

DON ESTRAFALARIO

Este es el contagio, el vil contagio, que baja de la literatura al pueblo.

DON MANOLITO

Será de la mala literatura, Don Estrafalario.

DON ESTRAFALARIO

Toda la literatura es mala.

DON MANOLITO

No me opongo.

DON ESTRAFALARIO

¡Aún no hemos salido de los libros de Caballerías!

DON MANOLITO

¿Cree usted que no ha servido de nada Don Quijote?

DON ESTRAFALARIO

Ni Don Quijote, ni las guerras coloniales. ¿No le parece a usted

ridícula esa literatura jactanciosa, como si hubiese pasado bajo los bigotes del Káiser?

DON MANOLITO

Indudablemente, en la literatura aparecemos como unos bárbaros sanguinarios. Luego se nos trata, y se ve que somos unos borregos.

DON ESTRAFALARIO

¡Qué lejos de este vil romancero aquel paso ingénuo que hemos visto en la raya de Portugal! ¡Qué lejos aquel sentido malicioso y popular! ¿Recuerda usted lo que entonces le dije?

DON MANOLITO

¡Me dijo usted tantas cosas!

DON ESTRAFALARIO

¡Sólo pueden regenerarnos los muñecos del compadre Fidel!

DON MANOLITO

¡Con decoraciones de Orbaneja! ¡Ya me acuerdo!

DON ESTRAFALARIO

Don Manolito, gástese usted una perra y compre el romance del ciego.

DON MANOLITO

¿Para qué?

DON ESTRAFALARIO

¡Para quemarlo!

FIN DE «LOS CVERNOS DE DON FRIOLERA»



MOTIVOS NUEVOS

ESPEJO DEL ALBA

*La mañana de nieve
de la sierra
no se hará mediodía.
—¡Oh! plenitud negada—
ni adornarán los cetros del crepúsculo
sus sienes blancas.*

*Está fija
sobre aquel ondulado cielo verde
de la montaña.
Como un sudario inmenso
de azucenas informes.*

*Día de luna
bajo todos los días de sol.
Brilla en el luto de las noches
como un alba caída
y perenne.*

MOTIVOS DE LA NOCHE

*Qué honda melancolia
sobre la luna verde
del mar de tu distancia.*

*Tus manos
albatros de mi tarde
volaban a mis playas.*

*Aquella soledad de tu sonrisa
era una rosa huérfana
bajo el rocío del silencio.*

*Mis besos
—golondrinas azules en tu aire—
bebieron en la herida de tus sienes
la miel de rosa de tu sangre.*

*—Ternura de penumbras
cerca de tus amargos manantiales—.*

*El mar estaba inmóvil,
herido por la barca de la tarde.*

AMANECEER DE CARNE

*Amanece en tu carne.
No es la mañana ahora
—es tu mañana—.*

*La luna se disipa
volada de tu frente
como un beso.
Un oro nuevo
en tus violetas deshojadas.*

*—¿Quién iluminó tu noche
con lámparas del alba?—
Viene el día de ti
con su brisa prendida a tus cabellos
—cogollo blando de trigales nuevos—
y toda Tú
te amanece de pronto*

*hecha cielo.
Las últimas estrellas de tu noche
se apagan en tus manos.
Aletean las sombras postreras
en tus párpados
y las alondras de tu risa
cantan al sol
que nace entre tus labios.*

ERNESTO LÓPEZ-PARRA



DISPARATES

EL HUNDIMIENTO DE LA LOSA



Yo pasaba todas las noches por encima de una losa de esas que guardan unos registros subterráneos de la luz eléctrica, del gas o del agua.

Algunos días me decía: «¡Si alguna vez eso estuviese inseguro y diese la vuelta!» Y esos días bordeaba la losa, como algunos días bajo de la acera y salgo en medio de la calle por no pasar bajo los andamios.

Noche tras noche pasaba sobre la losa floja, que sonaba a plataforma de trenes y me ofrecía para alguna vez la caída en su fondo. Por hacerme el valiente bien sabía yo lo que me iba a suceder, y cuando ya tenía un pie puesto dentro de la orla de la lápida me decía: «Ya tengo que poner el otro, porque si ahora se hundiese, ya de todos modos perdería el equilibrio y caería en el fondo del agujero.»

Así llegó la noche fatal, en que puse el pie en la losa y caí dentro de ella en una profunda oscuridad.

¿Dónde había caído?

Había caído en la red del agua.

Salí del agua, y viendo una puerta que giraba sobre sus goznes, entré por allí en la habitación de los cuentos de niños, en la verdadera habitación famosa, y me paseé por todos los salones, teniendo mucha desconfianza por la espalda, por si me hacían algo los gnomos y los espíritus del misterio.

Estuve sentado en el Salón subterráneo de los Campadarios, en el cómodo diván de la habitación azul...

LA PLUMA

Después sentí voces, gritos de «¡agárrese, agárrese!»; y viendo cómo llegaba a mí la escala de fémures para estas ocasiones, la escalera de cuerda y pautas para los raptos, me agarré a ella, pudiendo en mí el instinto de conservación al instinto de lo fantástico.

Así era el subterráneo de los cuentos de niños aquella noche en que se me fué la losa de la calle, que parecía dar a un registro de luz, de gas y de agua.

LA CARTA COMPROMETEDORA

Uno de los placeres mayores del rey, más grande que el de reinar, es el de abrir los bargueños, y los «secretaires», y los baúles, y los armarios, y mandar subir de los sótanos los legajos arrinconados.

Este rey disfrutaba de ese placer con más encanto porque era un rey muy inteligente. Cuando desligaba el lazo de los bramantes de oro que cerraban los paquetes de cartas daba un suspiro de satisfacción. ¡Qué interesante novela! La historia, más viva que en los libros, se le iba apareciendo ingenua, como una novia que se ha carteadado mucho con su novio.

Este rey buscó en los más perdidos rincones y encontró los secretos indecibles. Eso le enseñó, entre otras cosas, a repetir las mismas aventuras y a encontrar en el palacio las huellas de sus antepasados.

Las tardes del otoño eran las que más dedicaba a aquella tarea.

Una de esas tardes de otoño en que en el ocaso parece que está la regia majestad bajo palio de brocado de oro, encontró la carta más inesperada y más comprometedora.

Él no era hijo de su padre. Aquella era la carta en que quedaba evidente su ilegitimidad.

El rey la partió en pedacitos pequeños durante dos horas largas, quebrándose algunas uñas en el trabajo. Después quemó los pedacitos pequeños y con las cenizas de la carta en el bolsillo hizo una excursión a sus palacios, esparcidos por la nación, y asomándose al balcón principal de cada palacio arrojó un poco de cenizas.

Cuando el último poquitín fué lanzado al viento volvió al palacio de la corte.

Tranquilo, y creyendo haber evaporado la idea de su ilegitimidad, la rebelión ganó su reino, una voraz rebelión que brotó en aquellas regiones en que él había aventado su carta.

Como un rey ilegítimo tuvo que huir y emigrar.

EL PÉSAME

Entramos en la casa del viudo mirándonos la corbata por si aun era negra, temiendo que se nos hubiera desteñado o se nos hubiera olvidado.

La antesala estaba más oscura con el luto, y el espejo resultaba una esquela de defunción. Ya no estaría allí desde luego la que se había ido, y, sin embargo, estaba en sus cuadros, en sus tapetitos, en su loro, en todo.

—El señor está en el despacho—nos dijo la muchacha.

Entramos; estaba escribiendo. Parecía estar componiendo la elegía a la muerta.

—Si le interrumpo, me voy—le dije.

—No. Estaba contestando a un pésame. Habré escrito más de mil, y, sin embargo, eso me resulta muy difícil.

Sobre la mesita de en medio de la habitación tenía su sombrero de copa, todo cubierto por el crespón. Parecía un tarjetero.

Dió la luz, y al verle no tuve más remedio que reirme.

—¡Con que tan desolado!—le dije sonriendo.

—Sí, tan desolado.

Nuevas visitas fueron entrando, y todas se sonreían al darle el pésame.

Y es que estaba graciosísimo con el tipo que le había salido de viudo. El cuello se le quedaba muy alto, como ahogándole en medio de la negrura. Tenía guantes. Quería que le viésemos su disfraz de viudo. Sacaba de vez en cuando un pañuelo negro para limpiarse los bigotes; sacaba también muy a menudo un reloj para que viésemos que estaba empavonado en negro.

Por todos corrió una sonrisa con aquel pésame, el pésame de la broma y de la alegría.

LA ESTUCADA

En una cama del hospital de las estucadas, que sólo existe en París, se pasó Genoveva la temporada obligada. Salió desconocida, más hermosa y más hipócrita que nunca.

Miró al mundo al salir como la que va a apoderarse de él de nuevo. Parecía amenazarle con el gesto que hizo con su mano.

Otra vez se encontró su primer enamorado con la mujer que conoció en su juventud, y rodó a sus pies como habiendo recibido un mazazo en la nuca. Despertó en sus brazos mecido por un sueño mucho más joven que él.

—Enrique—le decía ella—, soy la misma, que vuelve a quererte.

LA PLUMA

Enrique, ya encanecido, aunque era mucho más joven que ella cuando la conoció, ahora resultaba más viejo. Esa paradoja le sorbía el seso. Su fortuna la puso a nombre de ella para arrancársela a sus herederos legítimos.

La estucada asistía con él a los palcos desde los que se mira a la sala como si se mirase al fondo de un estanque en que se ahogan los de las butacas. Los brillantes lucían con más fuerza sobre su descote pálido; pero su sonrisa era la que no lucía ya. En la tirantez de su rostro Enrique notaba esa extraña seriedad que no perturbaba ningún espectáculo por gracioso que fuese. Un poco comenzó a sospechar el antiguo enamorado, chalado al presente de nuevo, qué pudiese ser aquel gesto lleno de tirantez, y en la noche se acercó a él como si lo estudiase al microscopio.

Notó que tenía la inflexibilidad de los rostros desmayados, en los que atiranta la piel y la frente se estira como parche de tambor, pegada al cráneo, redonda y hacia atrás como nunca lo estuvo.

No podía sospechar lo que había hecho aquella mujer; pero un día de gran crueldad, en que ella le recriminaba, la cogió, y llamándola mentirosa, la arrancó la careta del estuco.

La escena fué de un trágico sin precedente, de un trágico superior al del mismo teatro griego.

La pobre mujer, orgullosa y cruel con careta, sin ella se encontró horripilada, como si se desconociese y se supudiese, como si frente a ella se abriese un espejo clarividente.

Nunca se ha visto un gesto tan desesperado. Él huyó y dejó caer al suelo la careta de estuco, que se partió en pedazos.

AL SALIR DEL BANQUETE

Los banquetes al medio día dejan una tarde inutilizada, destartada, en la que no se sabe qué hacer.

No había tenido más remedio que ir a aquel homenaje; había estado bien, pero qué tontísima era la tarde, a la que había ido a parar más vestido y retocado que de costumbre, con la sangre más mezclada de vino que las demás tardes...

Siempre recordaba estos días de banquete por la tarde como grandes jueves de colegial mayorcito, pero aún con algo de pavo en su espíritu.

Por lo menos me aparto de los amigos después de esos banquetes, porque con amigos, encima, resulta mucho más desacertada y llena de despropósitos.

Yo solo emprendo cualquier camino, y voy de nuevo acordándome conmigo mismo. Otra vez a afinar el espíritu desafinado.

Esta tarde me sentí muy otro que otras tardes de banquete, y me dirigí a la calle de los escaparates, cuando yo generalmente tiraba hacia los jardines para saciarme mirando las hojas de los falsos plátanos y de los castaños de indias.

Miré despectivamente un escaparate de antigüedades y me sorprendió pensar una cosa tan estúpida como que eran un asco las antigüedades.

Seguí la calle y me paré con obstinación ante un escaparate de objetos de Eibar. ¡Qué raro que yo admire tanto los objetos de Eibar! ¿Es que estaré borracho?

No, borracho no estaba. Veía con claridad la luz y las gentes y la perspectiva de la calle.

—Es usted monísima..., pero que monísima—dije de pronto a una muchacha de esas que son como todas las muchachas, y por las que nunca sentí curiosidad. ¡Qué raro ese piropo estúpido en mí!

Seguí andando y me paré con arrobo ante un escaparate de flores artificiales...

—¡Cómo imitan la Naturaleza estos artistas! ¡A lo que han llegado ya en la imitación de la rosa! ¡Qué bonitas harían esas flores encima de mi mesa...!

Como si yo mismo me hubiese dado un tirón del brazo, llegándome a hacerme daño con un pellizco, así me arranqué a ese escaparate. ¿Pero es que me he vuelto idiota?

Seguí mi camino. Intentaba mi pensamiento, al mirar las nubes, hacer una poesía:

Las nubes, con su gran fantasía,
imitan el dragón y el cocodrilo.

Yo quería borrar en mi pensamiento ese anodino deseo de hacer unos versos sobre las formas que toman las nubes.

—¡Pero a estas alturas con eso!—me decía yo, queriéndome avergonzar y disuadir.

—¡Qué imaginación tengo yo esta tarde!—volvía a pensar después de una pausa—, Tengo que escribir una novela en la que intervendrá una niña provinciana y el diablo...

—¡Pero Ramón!—me volví a reprender a mí mismo, sintiendo una náusea—. ¿Será el nervio gástrico que se me ha irritado y pone en comunicación exaltada con mi cabeza la mezquina inspiración del vientre abyecto?—me dije

LA PLUMA

Otra vez hice una pausa en mis pensamientos chabacanos y tópicos, entreteniéndome en mirar los tejados.

Mirando a lo alto vi a una joven asomada, y en seguida me puse a pasear la calle.

Cuando me di cuenta de lo que estaba haciendo me di un empujón para que continuase el camino.

¡Pero yo convertido en ese hombre tan obcecado, de cabeza de hierro, que es el que pasea cualquier calle a cualquier muchacha! ¡Yo a esta hora en la calle más concurrida, paseando como un silbante a una muchacha desconocida!

Seguí mi camino y me paré ante una librería. Allí mi imaginación se puso a descansar en los libros de los otros.

—¡Qué bien escribe ese novelista mundano y exquisito, siempre con su bastón de nácar!

—¡Qué bellos versos los de ese poeta de la academia!

La bandera arrebolada.

—¡Qué bien está ese...!

Ya no pude más, y no me dejé concluir el pensamiento. Empujé yo mismo la cabeza contra el cristal del escaparate, queriendo romperme la cabeza...

¡Miserable de mí! ¡Traidor de mí mismo! Me era odioso por haber podido incurrir en esas admiraciones...

Pero ¿estaré malo? ¿Qué pasaba en mí? No sentía el dolor de cabeza pertinaz de las indigestiones, pero entré en la farmacia a comprar un «sello de aspirina» y me metí en un café a tomar un te y a echar la cabeza hacia atrás en el diván y adormecer mi pensamiento de un cerebro defraudador...

Busqué una rinconada de los divanes y, quitándome el sombrero, me eché como en un rincón del tren al que se ha llegado rendido creyendo que se llegaba tarde.

Inmediatamente me sentí aliviado, y no por el reposo, sino porque mi cabeza se había refrescado nada más quitarme el sombrero.

Y al pensar en el sombrero con cierta rabia lo miré, y al mirarlo noté que... no era el mío.

Lo volví y me asomé a sus adentros buscando sus iniciales.

Ya estaba explicado todo...

No había más que ver de quien era.

Bastaría transcribir las iniciales para que todo el mundo lo comprendiese, pero soy generoso y me las callo; aun sería lo bastante valiente para decirlas.

Ese había sido todo el trastrueque de mis ideas durante todo mi paseo de la tarde, y por eso había sido grotesco, atrabuncado, chabacano y, sobre todo, había admirado frente al escaparate de la librería a las glorias académicas convencionales, llenas de latiguillos...

Aunque me constipase saldría sin sombrero, como higienista recalcitrante.

Esta misma noche se lo devolveré. ¡Lo que puede el sombrero de otro!

LA LEY DE HERENCIA

Todos estaban preocupados con la dentición del niño. ¡Eran tantos dientes los que tenía que echar!

Habían comprado el mejor libro sobre la dentición, y se habían quedado turulatos. «¡No es posible que un niño eche tantos dientes!», se decían unos a otros, como si ellos mismos no hubiesen pasado por el mismo trance.

—A mí es a quien más me han costado los dientes—decía el padre sonriendo y enseñando su dentadura de oro, la dentadura que era su vanidad y que enseñaba en los teatros con terrible descaro, riéndose hasta en los dramas para que se la vieses.

—Mire usted, señora—decía su madre a cada nueva visita, enseñándola el libro recién traducido, señalando el esquema de la dentición.

La dentición del niño se presenta terrible, calenturienta, como si se anunciara una tormenta tremenda en el fondo del niño. Para aminorar los dolores su madre le frota las encías con jarabe de azafrán y con una mezcla de miel y cloruro de sodio. Nada. Se veía que le dolía tan tremendamente al niño las encías que sólo podría compararse al que sufriría la tierra si le doliese un anfiteatro romano.

Al tercer día de un llanto interminable salió la primera punta de los dientes, y cual no sería la sorpresa de todos cuando se vió que era ¡un diente de oro!

Se llamó al dentista, que se quedó asombrado, y «por de pronto, —dijo—, hay que esperar».

Al poco tiempo le había salido toda una dentadura de oro, pues ya están lo bastante aclimatados en la vida, lo bastante inducidos en ella, que la ley de herencia ha podido producirse también en eso.

—Enseña tus dientes, Juanito—decía su madre, y Juanito enseñaba sus dientes de oro, de un oro juvenil que daba luz a su boca.

—¡Es prodigioso, es prodigioso!—decían los papás y las mamás de los otros niños, muertos de envidia.

RAMÓN GOMEZ DE LA SERNA



MUESTRARIO DECADENTE

LA CASA



pequeño, me entretenía muchas veces en construirme una casa.

Ya, con sillas ordenadas en círculo, ya, con mesas adosadas una a otra, en cuadro. Y poniéndome en medio, con mis juguetes y una sillita, consideraba el exterior. Si en el jardín, me complacía en seguir el ir y venir de las hormigas entre las plantas y las flores, en tierra, y el de las moscas sobre el rosal. El sol tan grande se me aparecía, que construía un reparo de plantas o de ramas para gozar tan solo el reverbero. Y si una hormiga, saliéndose de la fila laboriosa, se adentraba por entre mis mesas, al punto la buscaba rabioso, y la cazaba. Y si caía una flor de la adelfa también la hoja repudiaba, obstinado en mi dominio y soledad. Hasta que jugando y jugando caía la tarde, y mi madre me gritaba desde dentro: «¡A casa!»

Caían las últimas gotas de sol sobre las abiertas bocas de las adelfas, que se encendían como lucecitas que alimentasen los tallos y por ellos el tronco y las raíces ocultas. Y las sombras hacíanse la cama bajo las plantas, resbalaban hasta mí, encerraban la casita en estrecha oscuridad. Entonces, yo lloraba, y viendo perdida la casita y que las sombras me perseguían también a mí hasta dentro de la casa grande, desde donde mi madre me llamaba con voz monótona, huía.

Pero a veces, recuerdo, tuve fuerzas para volver sobre mis pasos, mientras un grillo se arrastraba por sobre las pajuelas y las hojas chiriendo, y haciéndome audaz de improviso, separar una mesa de otra, con las manos, con los pies, todas mis fuerzas en tensión, para que despedazada la casita no quedase nada a las sombras y a los grillos de la noche.

GRILLOS

Los grillos saltaban y chirriaban; al principio, con la incertidumbre de las gargantas poco avezadas, o roncadas por un día de sueño; luego con la cadencia leve y delicada de quien, estupefacto, vuelve a abrir los ojos a la vida.

Caía la noche como si no tocara la tierra; y con todo, algún árbol, ya adormecido, sintiéndola llegar, repicaba un alarma, y las vides emitían un murmullo ronco, abandonándose como perdidas sobre las estacas que las sostenían; y las hierbas un susurro; y las pajas, por el agujerito capilar del tallo cortado, un lamento. Descendía la noche de lo alto de la colina, acariciando las plantas, rozando barbechos desnudos y terreno cultivado; tranquila y lene al incidir, mas decidida al dominio. Dóciles, sus esclavas las sombras, se apoderaban poco a poco de los espacios circunstantes, siguiéndola en zig-zag por el camino largo y tortuoso a través de la tierra. La voz de los grillos subía a la sazón menos discordante; y cuanto más vencía la noche las luces, más se comprendía la necesidad en las gargantas jocundas de robustecer aquel canto, de calentarlo.

Hasta que al resplandecer las estrellas en lo alto, aquel tembloroso y anheloso canto, se hizo triunfal, se trocó en coro, y murió la luz.

CAÍDAS

El sol, esta tarde, se abisma en el mar con trabajo. Grandes heridas purpúreas en el cielo, pingüe de nubes, mientras el mar se encrespa de chispas azafranadas, como cristal al que le brote en la superficie una llama. Las nubes parecen contentas al sentirse hendidas por aquella luz viva, que guiña, se retrae y vuelve, cada vez más ebria y desesperada. El campo, que se separa de Ancona y sube despacito las colinas, se oscurece, como si le cayese de lo alto una capa enorme de plomo o de cobre, y destila un verde duro, sin trémolos o esfumaduras. Se siente, allí donde alcanza la vista, el enganche de las cosas a la tierra; no ya presión de un color sobre otro; no ya empastes mórbidos y tenues, no ya afinidades, sino un todo sólido y áspero, que no tiembla, no se estremece, casi sereno.

Desaparecido el sol, las nubes se persiguen a guisa de ondas, a las que empuja el viento tenaz que conduce el reflujo. Carrera tranquila al principio, luego casi fuga.

Después, un último guiño, y el sol desaparece. Rojas e hinchadas todavía, las nubes que quedan a flor de cielo sudan color, y poco a poco, desbandándose, se encenizan.

LA PLUMA

Mañana el alba las encontrará en su umbral deshechas y empobrecidas; y habrá de tocarlas varias veces antes de que resurjan de la repentina vejez que las ha consumido.

EL EMBERIZO

Al comenzar la siega del trébol, el emberizo se ponía nervioso. Al alba se posaba en los álamos que elevaban una barrera en torno a nuestra casa de campo, y se asomaba de pronto, sembrando el aire de gritos y sorpresas. Estaba en lo alto del cielo pocos minutos hacía, ¡y todas las mañanas aquel juego de temblar pálido entre las ramas y asomar de repente! Como si quisiera dar miedo.

¡Y el emberizo ríe que te reirás tras de los setos que cercaban la casa de campo! Pero aquella risa ahiábasele en primavera. Se le sentía andar por entre las hierbas y moverlas allá abajo, en las lindes, donde la guadaña no inquietaba el aire con su rumor ni el hombre lo absorbía en el respiro. Había desaparecido aquella su viveza de febrero y marzo, que le hacía reírsele la garganta de delicia a los primeros lengüetazos del sol que lamían las plantas en sopor, que le arrastraba a vuelos caprichosos y fulminantes, sin meta. El campesino había mandado a extenuarse en el verde intenso del trébol el rosa de una falda mujeril; ¡y hubiera sido una bella vista la de aquellos colores que se besaban, si no hubiese resplandecido al sol la guadaña y empezado a segar resuelta!

¡Qué gritos los del emberizo a tal rumor! De ave herida o envenenada que no sabe qué camino emprender para desanidar los huevos; y ya entrevé en el prado, ayer no más pingüe de color, el pálido y lánguido abandono del heno.

Descubriáse algún nido, que el emberizo defendía hasta lo último, enhiesto en el borde, agitando las alas, y que abandonaba desesperado y chillón no bien perdía la esperanza de que aquel verde resurgiese ópimo. El campesino no tocaba aquellos nidos.

Allí quedaban, entre las hierbas que seguían en pie levemente inclinadas, como quien espera un nuevo golpe y está convencido de que no se salvará; pero alejado que se había la guadaña, el emberizo no volvía. Continuaba con su griterío, que se hacía cada vez más ronco; y el piquillo se le hinchaba, palpitábale la lengua, las plumas de las alas y del cuerpo se le erizaban como dispuestas a herir. Incluso torcidos los ojos por encima del encorvado pico, revelando una repentina capacidad de odio casi humana.

LOS EXCESOS

Yo me abandono, en ciertos momentos, a excesos que, sin embargo, siento que repugnan a alguna parte de mi ser. Recuerdo haber

resistido en ocasiones; pero el sufrimiento en que me tuvo a veces la privación de este o aquel placer, fué más intenso, asaz de la que experimenté otras veces al gozarlos. Es menester a veces no dar escucha a los llamamientos del bien, y responder al primer impulso que se despierta en nosotros. Decir a la conciencia: «Estoy a tus pies, te obedezco» y quitar a nuestra vida, ya de por sí harta flaca y apagada, gran parte de su belleza. Oponerse, y abatir, cuando alguna voz interior lo exija, las barreras que el espíritu improvisa en su defensa. La luz del contraste mostrará donde está lo justo; y nosotros no nos sentiremos obligados a proceder siempre con las mismas normas y bajo la égida de innumerables deberes. Hay horas en la vida humana que conducen sensiblemente a la negación, a lo contrario. Parecen horas de locura; y con todo, llegan quizá a punto de detener nuestra precipitación en un abismo: de buen sentido o de mediocridad; y traen consigo tal somnolencia y emperezamiento, que preceden a una comprensión mayor y mejor de nosotros mismos.

MARIO PUCCINI





FANTASIAS

AUTO DE LAS CORTES DE BURGOS, O TRIPLE LLAVE AL SEPULCRO DEL CID Y DIVINO ZANCARRÓN

(Argumento: Habiéndose juntado en Burgos las personas más principales del reino, deciden desenterrar los huesos del Cid y hacerles acatamiento. Sobreviene la demanda del hueso de Babiaca, con la graciosa disputa de los dos albéitares. Apaciguada la discordia, síguese un coloquio apacible y vánse todos cantando y danzando. Introdúcese un arçouispo, con otros señores de muy gran estado. Y es de muy gustosa lección.)

COMIENZA EL AUTO

(Entra Aparicio, el burgalés de pró, con un haz de ramas verdes al hombro.)

EL BURGALÉS DE PRÓ: Cargado de laureles, que esta vez no son laureles, sino quinas de Portugal, vuelvo a este augusto antro, donde ya puedo afrontar sin sonrojo la mirada inquisitiva de mis antecesores. Glorioso destino el mío; brillante final de carrera. Anteayer, puse, mensajero de Melpóneme, un ósculo de paz en la mano sarmentosa de Sarah, la vetusta. Ayer, en el Retiro, fuí nuncio de Euterpe, y le dije a la cabeza de Chapí lo que se merecía. Hoy, entre Carracido y Altamira, he afrontado en Oporto al arrogante luso. La unión ibérica es un hecho; por lo menos, se unen las inteligencias que me ha tocado presidir. ¡Minerva, eres mía! Formidable carga de gloria. *(Deja el haz en el suelo)* Sí: estoy satisfecho, pero triste. Llego ya al cabo de mis destinos. ¿Me estará sobreviviendo? Ya pronto dejaré de ser ministro. ¿Y a quién le diré que soy de Burgos que ya no lo sepa? Yo soy de la vieja tierra de Burgos... *(Azorín*

me asegura que se puede decir vieja tierra; a mí me sonaba a galicismo). Ahora mido la insospechada hondura de mis palabras ante el cenotafio de Chapí: «¿Quién iba a pensar —dije— que al maestro no le sería dado asistir a la inauguración de su tumba?» Me aterra adivinar que estoy asistiendo a la excavación de la mía. ¿No es doloroso ver cómo mis dotes se marchitan sin empleo? El roce tardío con las musas me ha revelado de cuánto soy capaz. Yo estaba tranquilo, y ahora me devoran un ansia, una comezón raras: quisiera saciarme. ¡Oh, dioses! ¿Por qué me habéis dejado con la miel en los labios? Mi querella, ¡oh destino bárbaro!, es la de Melibea:» ¿Y por un placer tan breve has querido que pierda el nombre y corona de virgen?» ¡Fuera mejor, digo yo, no catarlo! Yo soy de...

(*Entra un ujier*).

EL UJIER: La Comisión defensora de los muertos ilustres desea ver a vuecencia.

EL BURGALÉS DE PRÓ: ¡Qué extravagancia! ¿Quién ataca a los muertos? ¿Qué gente es?

EL UJIER: Dicen que vuecencia los tiene citados para hoy... Viene con ellos el señor arzobispo de Trajanópolis...

EL BURGALÉS DE PRÓ: Que pasen.

(*Entra un joven elegante, seguido del arzobispo de Trajanópolis; detrás, otro eclesiástico y cuatro señores enlevitados. Sonrisas, reverencias. EL BURGALÉS DE PRÓ se prosterna, y besa el anillo pastoral.*)

EL BURGALÉS DE PRÓ: ¿A qué debo...?

EL ARZOBISPO DE TRAJANÓPOLIS: Si el señor ministro lo permite, aquí (*señala al joven*), que es el vocal nato de todas las Juntas de conmemoración de centenarios gloriosos, explicará el objeto que traemos...

EL BURGALÉS DE PRÓ: (*Para sí, desconfiado*). Traen un objeto... (*alto*). Usted dirá.

EL VOCAL NATO DE TODAS LAS JUNTAS DE CONMEMORACIÓN DE CENTENARIOS GLORIOSOS: Nosotros somos, excelentísimo señor, el Comité Nacional de Exhumación de Hombres Ilustres, y nos proponemos reivindicar todos los cadáveres de alguna importancia que andan hoy—si se me permite esta figura—desperdigados por la Península. La necesidad de tal organismo se dejaba sentir, y ha prestado tan valiosos servicios, que ya lo han declarado de utilidad pública. Hasta hoy, la conmemoración de nuestras glorias y la busca correlativa del cadáver se hacían un poco al azar. Debemos dar la sensación de un pueblo cons-

LA PLUMA

ciente y celoso de su pasado. Vucencia sabe—ya lo sabían los romanos—que el subsuelo español es riquísimo; riquísimo, pero inexplorado; pues bien: yo me arriesgo a decir que la principal riqueza de nuestro subsuelo son los miles de muertos ilustres, perdidos hoy para nuestro culto patriótico; riqueza moral, claro está, que bien explotada ha de reportar ópimos frutos del mismo orden. Yo no soy fetichista, pero creo que por cada reliquia reivindicada se añade un remache a la armazón de la nacionalidad. Nuestra acción es múltiple: lo mismo preparamos los centenarios resonantes, que las memorias de un modesto prestigio local; pero siempre bajo la base de proveerles de muertos. En los centenarios sin muerto, hay un vicio de origen. ¿Por qué fracasó el centenario de Cervantes? Por no haber restos del manco de Lepanto. Rodríguez Marín creyó que todo se arreglaría con unas ediciones y unas coplas de Gonzalo Cantó. Absurdo, ¿verdad? Un huesecillo roído hubiera entusiasmado al pueblo. Tenemos un peso muerto: la rutina, la falta de organización. Por eso hemos empezado por crear un Cuerpo de desenterradores honorarios, que con unas nociones de arqueología y de historia van, por decirlo así, alumbrando tantos tesoros ocultos. Además, como yo he viajado, y he visto a los puercos (con perdón de ustedes) hozar en el suelo del Perigord en busca de la trufa, he pensado crear una manada de hienas domesticadas para el más pronto descubrimiento de los muertos. Estos animales, injustamente desacreditados hoy, como tantos otros, por su falta de cultura, prestarán buenos servicios. Y para que vucencia se forme idea de los nuestros le diré que, sin contar otros difuntos de poco valor, hemos reivindicado el cadáver del Ultimo Abencerraje, para borrar de su prosapia la tilde de barbarie que hoy parece ponerle el pueblo; será reivindicación de cuenta para nuestro influjo en Marruecos. El cadáver del Rey Don Sebastián, que pensamos ofrecerle a la nación vecina en prenda de fraternidad; el cadáver del Rey Rodrigo, que no siempre ha de ser un personaje tristemente célebre, como la batalla del Guadalete. ¿Usted creerá que al Rey Rodrigo lo metieron en una fosa y que una culebra se lo comió por do más pecado había? Pues bien: el señor (*señala al eclesiástico*), que es beneficiado de Calahorra y correspondiente de la Academia de la Historia, ha destruído esa leyenda. No se sabe por dónde había pecado más el Rey Rodrigo... ¿Entonces? Todo eso está en crisis. Así se ilumina una provincia, hasta hoy sombría, de la historia patria. En fin: hemos enviado una Comisión al campo de batalla de Gravelinas para que busque el cadáver del soldado de los tercios de Flandes desconocido... Tales son, señor ministro, nuestros trabajos del momento...

EL BURGALÉS DE PRÓ: La labor de ustedes es altamente patriótica, y seguramente el Gobierno de Su Majestad...

EL VOCAL NATO DE TODAS LAS JUNTAS DE CONMEMORACIÓN DE CENTENARIOS GLORIOSOS: Perdone el señor ministro: Voy ahora concretamente al objeto de nuestra visita. Se acerca, como el señor ministro sabe, el centenario de la catedral de Burgos (*el ministro se inmuta*), suceso de cuenta, pero frío como una cripta, si este Comité, cumpliendo la misión que se ha impuesto, no hubiese aportado el cadáver o los cadáveres que son menester para que las fiestas constituyan un acto de afirmación patriótica. He aquí nuestros primeros acuerdos: declararnos en sesión permanente; reivindicar los cadáveres de Rodrigo de Vivar y de Ximena, egregio matrimonio, padres putativos de esta Castilla, madre de naciones; reivindicar también las reliquias de Fernando III, fundador de esa catedral, la primera del mundo, y trasladar solemnemente todos esos restos al insigne templo, cobijados por la gloriosa enseña roja y gualda. El ilustre purpurado que nos preside (*se diluye una sonrisa por la faz oronda del arzobispo*) aportará al homenaje las bendiciones de la Iglesia. Han enviado ya coronas: el elemento joven del Círculo de la Unión Mercantil, los ex ministros liberales, los moros notables de Frajana y otras muchas entidades aún más importantes. Ahora queremos recabar el apoyo oficial, y le rogamos, señor ministro, que honre el espectáculo con su presencia y lleve la voz del Gobierno, pues da la feliz coincidencia de que el señor ministro es de Burgos...

EL BURGALÉS DE PRÓ: ¡Cómo! Señores, sí; soy de Burgos, de esa vieja tierra... ¡Qué honor tan grande, codearme ahora con mi ilustre conterráneo el Cid y su distinguida esposa, modelo de madres... y de esposas...! Iré y hablaré lo que me salga del corazón. He dicho.

EL VOCAL NATO DE TODAS LAS JUNTAS DE CONMEMORACIÓN DE CENTENARIOS GLORIOSOS: Pues queda convenido, y ¡hasta Burgos! Vamos a continuar nuestra sesión permanente en otra parte.

(*Se muda el teatro. Baja el termómetro. Burgos. Salón elegantemente amueblado. EL ARZOBISPO DE TRAJANÓPOLIS está en «su muy rico escanno», y a su lado, en pie, EL BURGALÉS DE PRÓ. Séquito. Sobre una mesa cubierta con paños de velludo rojo, una arqueta. Cabe la mesa, tres médicos y dos veterinarios. Tumulto en la calle.*)

EL BURGALÉS DE PRÓ: (*perora*)... En fin, señores, la emoción me ahoga. ¿Qué más puedo decir...?

EL ARZOBISPO DE TRAJANÓPOLIS: (*bajo*). ¡Nihil...!

LA PLUMA

EL BURGALÉS DE PRÓ: Este momento es el día más grande de mi vida, tan grande como el cadáver que ahora van a abrir delante de nosotros; un cadáver tan grande, que si no existiera sería menester inventarlo, y bendigo a la Providencia que me ha permitido venir a cantar sobre sus cenizas. Porque, señores, y con esto termino, no olvidemos que el Cid, mi ilustre paisano, al ensanchar con sus batallas este clásico solar, y dejarlo muy bien vallado, se adelantó prodigiosamente a su tiempo. Hoy nos preocupa el ensanche de las poblaciones, pero el Cid se elevó más, y le preocupó y realizó el ensanche de las regiones ¡Y con qué medios, señores! ¡Con un triste caballo, que no debía de tener siquiera mucho genio, si algo significa eso de Babieca! Gloria, pues, a nuestro padre el Cid, que bien merecido tiene el reposo en nuestra catedral, alma de Castilla, en esa catedral de la que sólo diré, con un vate de Quintanapalla, que acabo de conocer:

Milagro eterno cincelado en piedra,
exuberante hiedra
que trepa por los muros del espacio
coronado de esbeltos chapiteles
bordados de caireles
se yergue al cielo medieval Palacio.

¡He dicho!

(Agitación. Espasmos. Palmadas.)

EL ARZOBISPO DE TRAJANÓPOLIS: Ahora, señores, vamos a abrir esa urna. Procedamus in pace.

(Custodiados por la Policía, acércanse a la urna tres randas, con llaves falsas y palanqueta. Dispónense a forzarla.)

UNO DEL SÉQUITO: ¿Qué iremos a ver?

OTRO DEL SÉQUITO: Estarán en los huesos.

UNO DEL SÉQUITO: Dicen que Ximena era como un junco.

OTRO DEL SÉQUITO: Pues él debía de ser un bárbaro. A lo menos, así lo pinta Sinesio Delgado en una de sus ingeniosas zarzuelas.

(Queda la urna boquiabierta.)

EL ARZOBISPO DE TRAJANÓPOLIS: *(dando una gran voz.)* ¡Ah!

Todos: ¿Qué pasa?

EL ARZOBISPO DE TRAJANÓPOLIS: ¡Ah! ¡Coincidencia providencial! ¡Y no haberlo notado antes! Yo soy valenciano, señores; el Cid conquistó a Valencia... ¿No ven ustedes el dedo de Dios? ¡Flectamus genua!

LA PLUMA

(Se prosternan todos. Un pavor sobrenatural bate sus alas por el ámbito.)

EL ARZOBISPO DE TRAJANÓPOLIS: Veamos ya lo que hay en la urna.

(Comienza la saca de los restos. Los médicos certifican que son restos humanos. Lo primero que extraen es una carrera de dientes, menudos, iguales, sin caries, ligeramente amarillos, adheridos a una encía roja. Estupor.)

EL ARZOBISPO DE TRAJANÓPOLIS: ¿De quién puede ser esto? ¡Qué encía tan bien conservada!

MÉDICO 1.º: Debe de ser de Ximena.

MÉDICO 2.º: O los dientes de leche de su marido.

MÉDICO 3.º: Eso es una dentadura postiza. Los últimos que han revuelto estos huesos la habrán dejado aquí como ex voto.

EL ARZOBISPO DE TRAJANÓPOLIS: ¡Siempre la explicación impía de la ciencia! ¿Y ésto?

(El arzobispo empuña un hueso disforme y lo eleva en alto. Pasma.)

EL ARZOBISPO DE TRAJANÓPOLIS: ¡El fémur del Cid!

MÉDICO 3.º: Mejor fuera decir: un fémur del Cid; tendría dos.

EL ARZOBISPO DE TRAJANÓPOLIS: ¡Sagrada reliquia! ¡Mi corazón se derrite al contemplarte...! ¡Uy..., uy..., uy! *(Estampa tres besos en el zancarrón.)*

MÉDICO 1.º: Midiendo ese hueso, pudiéramos deducir la estatura de Rodrigo.

EL ARZOBISPO DE TRAJANÓPOLIS: Médanlo.

(Los médicos miden el hueso, y se retiran haciendo números. Ansiedad. Un silencio.)

MÉDICO 1.º: A mí me salen siete metros cuarenta.

MÉDICO 2.º: A mí no tanto.

EL ARZOBISPO DE TRAJANÓPOLIS: Entonces, ¿era un gigante?

VETERINARIO 1.º: Si el señor arzobispo y los demás señores lo permiten, yo diré una palabra que podría ser aquí de provecho.

EL ARZOBISPO DE TRAJANÓPOLIS: Dígala.

VETERINARIO 1.º: Pues digo, eminentísimo señor, que todo esto me parece una burla, o cosa de locos, y que es menester estar ciego para no ver que ese hueso no es del Cid, ni de ningún nacido de mujer, sino del caballo Babiéca...

VARIAS VOCES: ¡Blasfemo! ¡Impío! ¡Mal patriota!

EL ARZOBISPO DE TRAJANÓPOLIS *(al veterinario 2.º)*: ¿Qué opina usted?

VETERINARIO 2.º: Que es hueso de caballo.

EL BURGALÉS DE PRÓ: ¿Y por qué aseguran que es de Babiéca?

VETERINARIO 1.º: Como ustedes dicen que estos restos son del Cid, y no hay

LA PLUMA

duda en que este hueso es de caballo, suponemos que sea de Babieca, al que enterrarían con su amo, por premio a su fidelidad.

EL BURGALÉS DE PRÓ: Yo creo que no puede admitirse esa hipótesis atrevidísima.

EL ARZOBISPO DE TRAJANÓPOLIS: Non possumus.

VETERINARIO 2.º: Pero, señores, ¿ustedes creen que puede haber persona con tal hueso?

EL ARZOBISPO DE TRAJANÓPOLIS: Lo que resulta de todo esto es que el Cid era un gigantazo. No es imposible. Aún hoy existen gigantes, y más los habría en aquellos tiempos caballerescos y de rudo batallar, en que las generaciones adquirirían un desarrollo prematuro.

EL BURGALÉS DE PRÓ (*a los médicos*): ¿Qué dice la Facultad?

LOS TRES MÉDICOS: La Facultad dice que la ciencia no puede penetrar los designios de Dios.

EL ARZOBISPO DE TRAJANÓPOLIS: Pues acatémoslos, ya que están patentes. Y váyanse los señores veterinarios a repasar sus tratados de albeitería, que por esta vez han perdido el pleito.

VETERINARIO 1.º: Nos vamos, pero no sin deciros: ¡A otro perro con ese hueso!

EL ARZOBISPO DE TRAJANÓPOLIS: Y el señor beneficiado de Calahorra, ¿qué opina?

EL BENEFICIADO DE CALAHORRA: Que este litigio no puede transigirse. Digo que es hueso del Cid, ya que no puede ser baci-yelmo.

EL ARZOBISPO DE TRAJANÓPOLIS: Señores, tenemos aquí los restos del Campeador y debemos decir, parodiando la histórica frase: El Cid ha muerto. ¡Viva el Cid!

TODOS: ¡¡¡Vivaaa!!!

(*Tocan cajas dentro.*)

VARIAS VOCES: ¿Qué escucho?

EL ARZOBISPO: Es el Rey. El santo Rey Don Fernando, que llega desde Sevilla a honrar esta junta.

(*Se muda el teatro y aparece Fernando III con cetro y corona en unas andas llevadas por los armados de las cofradías sevillanas. Músicas, Aclamaciones.*)

EL REY FERNANDO III: No sin fatigas he logrado evadirme del ataúd de cristal donde el mayor pedazo de mi cuerpo está, como Papús, y sometido a no menos riguroso ayuno, guardado. He recogido al paso cuantas reliquias de mi

persona me fué dable encontrar, y aquí estoy casi en mi pristina entereza, con ánimo de haceros merced. Y porque estas juntas acaben con bien para todos, vengo en comprar el caballo Babieca, destinándolo a regenerar la sangre de mis cuabras. He de restaurar el perdido esplendor de la raza caballuna española.

EL BURGALÉS DE PRÓ: Señor, para coronamiento de esa obra te pedimos que instaures la Fiesta de la raza caballar pan-hispánica, en la que participen todos los solípedos de ambos continentes que hayan heredado el relincho de Babieca. Y que en el cerro más alto de Castilla se levante una estatua al caballo simbólico que la ensanchó.

EL REY FERNANDO III: Basta; yo lo otorgo. Y ahora puede el baile comenzar.
(*Vitores y cajas dentro.*)

PRIMERA ENTRADA DEL BAILE. (*Entran los diputados provinciales con disfraces y motes. En unos se lee: «Castellanismo». En otros: «¡Viva el les de acusativo!» En otros: «¡Velay!» Hacen varias figuras y se colocan a los pies del rey.*)

UNA VOZ (*cantando*):

Como el ser buen patriota
vale dinero,
¡no sabes, patria mía,
lo que te quiero!

(*Los diputados provinciales danzan.*)

SEGUNDA ENTRADA DEL BAILE. (*Entran los canónigos y los sacristanes, sin sota-na, vestidos a la turquesca, con guitarros y estandartes. En unos se lee: «Españolismo». En otros: «Fiera hidalguía». En otros: «¡Viva la suegra de Don Rodrigo!» Hacen sus figuras y se colocan a los pies del rey.*)

UNA VOZ (*cantando*).

Por un huesecillo tuyo
diera yo la salvación,
para roerlo a mis solas;
¡mira tú si es tentación!

Mas ¡ay! Ximena,
estás tan hecha polvo
que me da pena.

(*Los canónigos y los sacristanes danzan.*)

La entrada del baile se repite hasta que el arzobispo pide: ¡Tocino! ¡Tocino! Entran todos a danzar, y canta solo

EL REY FERNANDO III:

Tengo el tronco en Sevilla,
la diestra en Burgos,
la cabeza perdida,
y mis dos muslos
deshechos en reliquias
por esos mundos.

¡Suave Ximena!

¡Rodrigo duro,
que a Don Alfon pusiste
en tanto apuro!

Si a vosotros os dejan
entre algodones,
a salvo de curiosos
y de sobones,

el Lampérez, que todo lo restaura,
que me restaure a mí, ¡o llamo a Maura!

Que me da empachos
dormir el sueño eterno
disperso en cachos,

y opino que el ser santo venerado
no es razón de yacer descabalado.

Y a la hispánica gente tan castiza
que a sus muertos ilustres descuartiza,
y entre arrobos y besos
nos adoba los huesos
a los difuntos de esplendente gloria,
¡decidle que me cisco yo en la historia!

(Vánse todos dando alaridos.)

FIN DEL AUTO

CARDENIO

NOTA.—Para esta edición hemos seguido el texto de un pliego del siglo xvii, que perteneció al benemérito Sánchez, y que, encuadernado con otros, figura

en el Catálogo de Salvá con el número 19.091 (capicúa). El más lerdo (¿quién es el más lerdo?) advierte que el final del auto, desde la aparición de Fernando III, está plagado de sinónimos voluntarios, y ha sido añadido por una mano casi criminal, en fecha muy posterior a la de la composición general de esta pieza, que se remonta, por lo menos, a la última década del siglo XVI. En efecto, existe otra versión del Auto de las Cortes de Burgos, con muy diverso final. Ya Tiraboschi lo apuntó así, después de reconocer un códice de la Ambrosiana. Debe de ser el mismo ejemplar estragadísimo que nosotros poseemos, y que, con riesgo de nuestra vida, acertamos a sustraer en un reciente viaje de estudios por las Bibliotecas de Europa. En esta versión no se aparece Don Fernando, sino la propia Doña Jimena, llevada de la mano por el abad de Cardena. Doña Jimena hace un planto en verso trocaico. Escrito con aquella sana alegría y hermosa libertad, características de nuestros ingenios del siglo de oro (a quienes la Inquisición, pese a sus supuestos rigores, no cohibió en lo más mínimo en la expresión de la belleza), no nos atrevemos a reproducirlo; dadas nuestras costumbres farisáicas, parecería procaz y desvergonzadísimo. Baste decir que al acabar el planto, todos los presentes van por turno a darle a Doña Jimena un beso en el culito.—C.





ENCARNACIONES

IGUALDAD

*Esplendor juvenil del ocaso:
aurora fatigada.*

CANTO A LA RENUNCIACIÓN

*(— Ya que tan bello acaso es
renunciar como poseer,
he de llamarla sólo amiga.)*

*¡Oh, amiga
dilectísima!*

*(— ¿Gasta medias de seda? —
me pregunta don Juan.
La memoria, perpleja,
sus muertos desentierra.
— Pues no lo sé, don Juan.)*

*¡Oh, amiga
dilectísima!*

*Suprema
es la belleza
de la renunciación...
(Étcétera.)*

EL INSOMNIO DE UNA NOCHE DE VERANO

*Insomnio, asfixia, hormigueo.
¿Soy, noche estival, tu reo?*

*¡Oh ardor de febriles vahos,
como una ignición de caos,*

*que me enroscan en anillos
largos soles amarillos!*

*¿Cubre el mundo todavía
esa piel de mediodía,*

*tan llameante de luz
como el taurino testuz*

*que iza en sublime siniestro
los alamares del diestro?*

*Mi tacto siente amarillo
lo que ya sabe sin brillo,*

*la mirada escrutadora
de la tiniebla incolora.*

LA PLUMA

*¿Por qué, almohada, tu albura
en gualdo se transfigura?*

*¡Tantos luceros me acota
de la azul huerta remota*

*la oquedad de la ventana,
como pomposa hortelana!*

*Y me punzan las estrellas
con amarillas centellas..*

*Ya que el Sueño, sibarita,
no me socorre en mi cuita,*

*clamaré al Viento: ¡socorro!
y a la Lluvia: ¡ay, socorro!,*

*que todo en la noche brilla
con calentura amarilla.*

*¡ay, amarilla, amarilla!
¡ay, amarilla, amarilla!,*

*en delirante bloqueo.
¿Por qué oh noche soy tu reo
sin culpa?*

JORGE GUILLÉN





LETRAS ALEMANAS

GUSTAV LANDAUER



UANDO Spartacus quedó vencido en toda Alemania por los soldados de Noske, y cuando las tropas del Orden tomaron Munich, se hizo el cómputo de los muertos, que fué terrorífico. Desvaneciase el recuerdo sangriento de la *Commune* ante la evidencia de la nueva degollina, como se derrumbaba la guerra de 1870 ante la de 1914.

El trabajo cumplido era verdaderamente hermoso. Cuantos en Alemania representaban el partido de la libertad y de la emancipación social, habían desaparecido. Quedaba fundada la república de Hugo Stinnes y del general Ludendorff.

Los que habían empleado su vida en luchar contra el imperio, después contra la guerra, y nos tendieron la mano a nosotros, los irreductibles de Occidente, y defendieron con nosotros el honor y el espíritu europeos, no presenciaron esa inauguración. Fueron asesinados con Liebknecht y Rosa Luxembourg, con Hugo Haase y Kurt Eisner. Quisiera hablar hoy de uno de los mártires más grandes de la Revolución alemana, que fué también uno de los ensayistas más grandes de la Alemania contemporánea: Gustav Landauer.

Desde hace unas semanas se habla mucho de él en las revistas y en los círculos del *Reich*, donde subsiste aun el liberalismo. La publicación reciente de dos libros póstumos, ha revelado en efecto a multitud de gente la figura verdadera de Landauer, letrado, sabio, dotado de un genio crítico notable y de penetrante inteligencia.

Su participación en la República de Munich, su muerte violenta, y el título de una de sus primeras obras, le grangearon en efecto una reputación de dinamitero rabioso, de político de modesta envergadura, pero de ambición desmesurada, y que se aplicó siempre a suscitar disturbios para aprovecharse de

LA PLUMA

ellos. Sus asesinos tuvieron buen cuidado de dejar acreditarse e incluso de propagar tales leyendas, valiéndose de ellas como de alegato defensivo y casi como de excusa. Pero hoy empieza a cambiar la situación, y la verdadera figura de Landauer comienza a imponerse a los ojos de los intelectuales.

Gustav Landauer, filósofo y filólogo, abordó antaño el socialismo con generosidad grande, y propagó sus principios como los de una religión nueva perfectamente sana y equilibrada. En su mente lúcida, dominaba la evidencia de la rota del capitalismo y de la quiebra de sus doctrinas. Con sencilla y animosa probidad se aplicó a exponer las causas y las consecuencias de esta crisis. Tuvo discípulos, y muchos hombres pusieron en él su confianza. Y también cuando después de la guerra, llegó el momento de pasar del orden abstracto de las teorías al plano de la acción, muchos desconocidos se volvieron hacia él. En la hora decisiva, Gustav Landauer, difiriendo en eso de la mayoría de los «apóstoles de biblioteca», no renegó de sus palabras y ocupó su puesto a la cabeza de los que había iluminado. Y en él estuvo hasta el día postrero, con tranquilo e imperturbable heroísmo, y en él permaneció incluso entre los obreros de las calles, cuando los jefes principales del movimiento huyeron ante el ejército de los vencedores. Permaneció en él porque no desertaba en el momento de la derrota como no desertó en el momento del esfuerzo. Fue preso, arrastrado hacia el norte de presidio en presidio, internado finalmente en la fortaleza de Stadelheim, condenado a una pena de prisión relativamente moderada, y muerto al siguiente día a culatazos, en el patio, por unos soldados sin freno.

No quiero formular aquí mi juicio sobre la obra política de Landauer, ni discutir la importancia y la grandeza de sus libros y de su ejemplo. He dicho que la publicación reciente de dos obras suyas agita hoy los círculos intelectuales de la Europa central. Quiero limitarme a esas dos obras, contentándome con citar, casi sin comentarios, los títulos de las que publicó en vida.

El comienzo de su vida viril da testimonio de la inclinación mística de su carácter. Azuzado por el afán de investigar lo absoluto, ávido de poder apoyarse en una verdad más sólida que las verdades cuyos principios fundamentales exponen sin convicción cien maestros en cien cátedras de universidad o en las páginas de cien libros, tropieza con la imprecisión, la inestabilidad, los apuros del lenguaje, y se vuelve *der Sprachzweifler*, el que duda del lenguaje. Confiesa esa crisis en un escrito breve, *Sprach und Mystik* (Lenguaje

y Mística), y llega a esta conclusión, tajante como un dilema: el que duda de las palabras debe callarse definitivamente o salvarse en la acción.

Escogió el segundo camino. Y bien se ve así en qué disposición mental y con qué deseos abordó los problemas sociales: como un sabio, o por mejor decir, como un filósofo. Tras algunos ensayos, dió cabo rápidamente a una obra considerable: *Aufruf an Socialismus* (Llamamiento al socialismo). En ese libro famoso, nada hay tocante a la política. Se halla en ella, por el contrario, en un revoltijo asombroso de gravedad y de entusiasmo, una suerte de himno a la gloria de la inteligencia. Landauer, en esa obra, da testimonio de su confianza absoluta en el poder del espíritu, de su maravillosa comprensión de todas las necesidades y fuerzas sociales, y de una conmovedora ternura por la vida. La idea central del libro es el deseo de equilibrar las masas y de expresar una fórmula de armonía y de orden. Landauer se aproxima aquí a Tolstoi, y se sostendrá, desde el punto de vista filosófico, muy cerca de él. Menos literato, en la peor acepción de la palabra, pero animado de igual lirismo.

La segunda obra de grandes vuelos que publicó Landauer, *Rechenschaft* (Rendición de cuentas, o más bien «Balance») tiene, si no el porte, a lo menos el espíritu de una confesión. Es, por mejor decir, la historia de una duda y de una evolución. Nota Landauer que la falta de solidaridad verdadera entre los pueblos, incluso entre los partidos socialistas (¡trágica profecía!), amenaza la paz del mundo. Y si ante esa certidumbre no abdica su magnífica y grande oposición al principio de la Defensa Nacional, proclama no obstante la necesidad, «hasta para las naciones revolucionarias», de permanecer armadas contra la guerra. Como ha dicho bien Wilhelm Michel «era un compromiso heroico, noción terrible para Landauer, ennoblecida por el dolor y por su generosa conciencia, asolada por la contradicción fundamental del mundo».

No estaba resuelta la crisis de alma que revela *Rechenschaft*, cuando las especulaciones intelectuales y el curso de las teorías viéronse cortados por el cañón de Lieja. Apenas lo oyó, Landauer se arrojó resueltamente en el partido de la Revolución, que había de llevarlo al martirio. No se dejó cazar en el lazo de la Unión Sagrada, y en espera del derrumbamiento social que fatalmente tenía que seguir o acompañar al rebullicio de los militarismos, se atrincheró en el estudio, con una independencia de ánimo y una elevación de miras a las que hoy sus propios enemigos rinden tímidamente acatamiento; se apartó del contagio político, y tomó a Shakespeare y a otros poetas, como Hölderlín, por objeto de sus ansiosas y lúcidas meditaciones.

LA PLUMA

Las dos obras póstumas que acaban de publicarse y que arrojan—ya lo he dicho al comienzo del artículo—tan inesperada y espléndida luz sobre la bella figura de Landauer, son precisamente el fruto de su soledad.

En la bibliografía de Shakespeare, que comprende tantos títulos como las de Goethe o de Dante, es decir, los suficientes para poblar por sí sola una biblioteca inmensa, no creo que pueda hallarse una obra más importante, más notable, más humana que la de Landauer.

Es de tenerse en cuenta que el libro se compone de conferencias^a acerca de Shakespeare pronunciadas por el autor en Alemania durante la guerra. Tal es el motivo de las repeticiones y de las ampliaciones accesorias que en ciertas páginas sorprenden al lector atento. Si Landauer en persona hubiese dirigido la publicación de su *Shakespeare*, habría podado algunos pasajes, retocado algunos capítulos, concentrado algunas ideas. Las manos piadosas que después de la muerte de Landauer han registrado sus papeles, han respetado cuanto escribió, y nadie pensará en hacerles cargo de ello.

Me place, además, la forma hablada del *Shakespeare* de Landauer. Se adapta a todos los giros del pensamiento del autor, y se mueve a compás de su afán y de las fuerzas que le mueven. El estilo, animado, rápido, elegante, no se parece nada al estilo científico, grato a los filólogos. Estilo de poeta, que no retrocede ante ninguna audacia y se lanza a toda suerte de interpretaciones, arrojándolas profusamente sobre el lector, atónito de ver tal abundancia, para llevarlo en seguida, a través de la psicología de sus personajes a la psicología de Shakespeare, única que importa.

Landauer hace de Shakespeare un hombre, es decir, un conglomerado --prodigioso—de todas las cualidades, de todas las riquezas sentimentales, de toda la pujanza cerebral y cordial imaginables. Imparcial, no ante la vida, sino como la vida; no ante el espejo, sino como el espejo, que capta todo lo que por delante de él pasa.

Gustav Landauer, de quien pretenden hacer un sectario y un tribuno de baja estofa, acertó a seguir el ejemplo de Shakespeare, y a elevarse en plena guerra, cuando el dolor y la rebeldía le acuciaban con mayor frenesí, por encima de sus pasiones y sus doctrinas, para abarcar cuanto le pareció leal, grande y admirable.

De Hamlet a Julio César, de Macbeth a Bruto, en todos los héroes descubre la raíz misma de su grandeza verdadera, y por qué lado honran y ennoblecen a la Humanidad. La moral, que es convención y añagaza, no paraliza jamás su

LA PLUMA

juicio. Ni se deja nunca desviar por consideraciones políticas de la tarea que se ha impuesto. Por eso es Landauer el único comentarista de Shakespeare que ha acertado a restituir al poeta su talla y su genio.

Esa obra grandiosa que llena dos gruesos volúmenes, es sin duda la obra maestra del mártir de Stadelheim. Pero el libro recientísimo que acaba de aparecer—colección de artículos de Landauer sobre múltiples problemas filosóficos y cuestiones literarias—con el título evocador *Der werdende Mensch*, (El hombre en formación) merece no obstante por más de un motivo llamar la atención del lector, y puede decirse, sin temor de errar, que quedará como una de las obras críticas más notables de la Alemania contemporánea.

En la primera parte aparecen reunidos unos ensayos ideológicos, que, como nada tienen que ver unos con otros, dispersan la simpatía del lector y le impiden concentrar la atención sobre un sistema unificado. No hay aquí rastro de la solidez filosófica de las obras de Landauer anteriores a la guerra, pero ciertos capítulos son como apéndices y complementos interesantes de sus obras capitales, y ponen el último trazo en la filosofía de Landauer. Los dos más importantes en este respecto son *Selbstmord der Jugend* («Suicidio de la juventud») y *Zum Problem der Nation* («Sobre el problema de la Nación.»)

La segunda parte me agrada más. Agrúpanse en ella bastantes artículos en que Landauer estudia un hombre y su obra, y que, por comparación, determinan la posición del escritor ante el pensamiento europeo. Si el estudio sobre Tolstoi cobra importancia particular por el parentesco moral que une, ya lo he dicho, al autor de *Aufruf an Socialismus* con el de *Resurrección* aprecio más los estudios sobre Hölderlin, sobre Martín Buber, el gran autor judeo-alemán de quien me propongo hablar despacio en un artículo venidero, sobre Georg Kaiser, dramaturgo expresionista, y sobre Strindberg. El fervor de Landauer ante esos escritores, y la inteligencia con que analiza su aportación artística y humana son un espectáculo raro.

El *Shakespeare* y *Der werdende Mensch* han impresionado vivamente a muchos críticos y artistas alemanes. Hoy se mide mejor lo que valía este hombre y la pérdida que su muerte acarrea para el patrimonio cultural de su país. Quienes no le conocieron personalmente—y no saben qué delicioso amigo y qué magnífico pensador era—se espantan ahora de haber dejado vegetar tanto tiempo un espíritu tan grande, y de haber despreciado sus llamamientos y sus profecías. Los que tal sienten releen el retrato de Bruto inserto en el estudio sobre *Julio César* de Shakespeare, y descifrarán sin trabajo el misterio de Landauer

al leer estas palabras: «Era un hombre interior, pero que no hubiese consentido en guardar para la intimidad de una vida tranquila sus nobles aptitudes mas que sabiendo que todos los hombres eran libres y felices. Era un político que iba de la filosofía a la política,—de una filosofía íntimamente ligada a la vida. No era lo bastante simple para pensar con el corazón, al contrario, descontento en la medida que la realidad de los hechos no confirmaba su pensamiento. Movíale una inclinación grave, mansa, pero irresistible. hacia la acción.»

El Gustav Landauer que la soldadesca asesinó en el patio de la prisión de Stadelheim, era el mismo filósofo, grave, manso, pero arrastrado irresistiblemente hacia la realización de su ideal.

PAUL COLIN





TEATROS

FIN DE TEMPORADA

POCAS como esta tan vanas, no obstante el sinnúmero de coliseos cuya taquilla prospera merced a la desmedida afición del público madrileño. Cerrados los teatros, apenas si queda memoria de los grandes éxitos registrados en ellos durante el año. Ni una comedia nueva de tantas como se han estrenado. Ni un cómico cuyo trabajo, por lo excepcional, perdure en nuestro recuerdo de unos cuantos meses. Como más reciente, aún vibra tan sólo el eco del reclamo que ha acompañado a la entronización artística de la señora Meller, patrocinada en su *novena* del Español por las mismas Majestades y Altezas que antes honraban los espectáculos con sólo su asistencia, sin otro linaje de recomendaciones en el cartel. Bien es verdad que de algún modo era menester corresponder a la fina diplomacia con que la señora Meller anunciaba en su triunfal tournée por el extranjero «El relicario»—delicado instrumento de penetración española en todos los patios del mundo—como la canción preferida de D. Alfonso XIII. La señora Meller continúa siendo una excelente cancionista, con especialidad de las canciones picarescas que en tiempos constituían para un público menos selecto, pero sin duda más inteligente y sensible que el que ahora la aplaude, el principal atractivo de su arte frívolo, agradable y ligero, en modo alguno comparable, pese a la confusión que se empeñan en sembrar los sueltos de contaduría y los gacetilleros de los periódicos, al de la Duse ni al de Sarah,

... la *divi*
si fuera menos *humá*,

LA PLUMA

es decir, si no se viera sujeta a pasear el fantasma de su gloria por los «music-halls» norteamericanos y los cines de Madrid.

Pero de confusiones vivimos. ¿Sabe nadie a qué atenerse respecto al teatro de la Escuela Nueva, pongo por caso, en buena hora para sus intereses traído y llevado de suspensión gubernativa en protesta periodística por obra y gracia de un censor improvisado? Ni ¿cómo ha de tener arrestos nadie para defender en serio la libertad de la escena, cuando tan mal parada anda la de circular por las calles y aun la de vivir y morirse cómo y cuando Dios manda? Ello es que a cuenta de unos programas en que se anunciaban los propósitos del teatro de la Escuela Nueva—propósitos que constituyen su único haber artístico—, el flamante director de Orden público que padecemos tuvo a bien prohibir en el Español la representación de *La voz de la vida*, comedia danesa representada, al cabo, en el Ateneo sin escándalo de nadie y desencanto de muchos. Poco le ha sido dado, hasta la fecha, cumplir al teatro de la Escuela Nueva en pro del saneamiento del arte dramático español. Bastante ha logrado con poder comprobar la existencia de un público capaz, de tan benévolo, de no llamarse desde luego a engaño y fiar al tiempo lo que no puede improvisarse. No podrán quejarse tampoco los organizadores de estos primeros ensayos de la actitud para con ellos de los críticos teatrales, atentos tan sólo a las buenas intenciones de que el teatro de la Escuela Nueva está empedrado. Lástima grande que las dilaciones a que ha obligado la arbitrariedad de las autoridades hayan diferido la representación de *La reina castiza*, de Valle-Inclán, cuyo estreno significa ya algo más concreto de lo realizado hasta la fecha por la improvisada agrupación.

El reclutamiento de cómicos ha de ser, sin duda, la mayor dificultad con que ese naciente teatro tropiece. Los actores profesionales tienen, cuando menos, cierta soltura escénica, ciertas condiciones naturales que la ausencia de dirección adecuada y la mala literatura dramática a cuyo servicio se les somete, juntamente con la carencia de verdadero estímulo, acaban por malbaratar en fáciles éxitos. Si el Conservatorio estuviese regido por las más elementales normas del sentido común, no sería tan arduo obtener cada año un grupo de intérpretes discretos con que formar adecuados conjuntos. Pero el Conservatorio es un centro, más que inútil, perjudicial. No habíamos asistido nunca a uno de los llamados ejercicios con que se acostumbra cerrar los cursos académicos en aquella casa. El espectáculo que hemos tenido ocasión de presenciar hace algunos días en su lindo teatro nos ha desengañado para siempre de

toda posibilidad de mejora de la enseñanza oficial del arte dramático. De cuatro señoritas que aspiraban a los honoríficos premios, una sola, Isabel Barrón—no ha de tardar en serle familiar su nombre, espectador consciente—, demostró condiciones, si estimables siempre, verdaderamente extraordinarias en aquel ambiente. La señorita Barrón fué agraciada con un primer premio, que en buena justicia no debió tener segundo. Representó una escena de *La niña de Gómez Arias*, de Calderón, y otra de Benavente. Momentos antes de presentarse ante el tribunal examinador, la casualidad nos permitió asistir a una regocijada escena entre bastidores. Dos catedráticos de aquel Centro, viejo actor retirado uno de ellos y pizpireta matrona el otro, sin rival—seamos imparciales—en los papeles de criada ceceosa, comentaban con gran escándalo de risas el atrevimiento de la señorita Barrón, que así, tan de primeras, osaba afrontar un género que ellos, en su larga vida escénica, siempre habían tenido por «aburrido y para literatos», sin duda. Al cabo, el catedrático, compadecido de la alumna, que no lo era suya, sino de la señorita Martos, le aconsejó que suprimiera la escena clásica, cuya elección juzgaba inconveniente, dado el desconocimiento que a, su entender, tendría el tribunal de semejante comedia. Lo presidía D. Jacinto Benavente, en su calidad de delegado regio.

La señorita Barrón figura ya en el cuadro del teatro de la Escuela Nueva. A poco que olvide lo que le han querido enseñar—sin gran empeño, es verdad, y ello facilitará su liberación—conseguirá ser una buena actriz. Tiene aptitudes naturales nada comunes, belleza física, voz deliciosamente timbrada, sincera afición y raro buen gusto.

UN CRÍTICO INCIPIENTE





LIBROS Y REVISTAS

Pedro Mata.—*Irresponsables.*—Historias trágicas al margen de la locura y del delito. Prólogo de A. Ossorio y Gallardo. Epílogo de E. Fernández Sanz. Madrid, Rivadeneyra, 1921.

El escritor español, generalmente, vive distanciado del movimiento psicológico y psiquiátrico y, fuera de alguna lectura casual, apenas se halla iniciado en estas disciplinas. Esto, que quizá parezca sin importancia, es de indudable valor cuando el escritor quiere hacer *literatura psicopatológica* como el señor Mata en sus *Irresponsables*.

La literatura de este tipo exige una profunda y concienzuda labor preparatoria, y, aún en los raros casos en que alcanza gran perfección, difícilmente logra el resultado esperado por el autor. Ante todo requiere una cuidadosa elección de las fuentes: tarea de suma dificultad para el profano, que, forzosamente, tiene que recurrir al auxilio de un consejero técnico, indispensable para su orientación en la copiosa bibliografía de estas materias.

Fácilmente se comprende que la preocupación intelectual dominante en el autor sea la parte científica de su obra y a ella sacrifique la estructura íntegra de la novela, aun a riesgo de la ulterior emoción estética del lector. De aquí que, al ajustar el autor a determinada sistemática clínica la personalidad psíquica de sus personajes, resulte ésta en extremo forzada. El dogma del *realismo clínico*—defecto capital de esta clase de narraciones—!leva consigo, indefectiblemente, la creación de ciertos tipos que en el curso de la historia disertan ampliamente sobre el tema psiquiátrico objeto de la novela para ilustración del lector: demostrándole mediante citas eruditas los conceptos psiquiátricos en litigio y atestiguando con textos autorizados la perfecta sintomatología del caso descrito, temiendo, sin duda, tome el lector por producto de la imaginación del autor el fruto de sus largas y meditadas lecturas. A esta clase de tipos pertenecen el arquitecto Panot de *Les Demi-Fous*, de Corday y el médico Garcés de *La muchacha del Ideal Rosales*, del Sr. Mata. A veces, no satisfecho aún el autor con las conferencias técnicas más o menos felices de estos personajes, re-

curre a profundos prólogos pseudocientíficos, o se guarece, como el Sr. Mata en sus *Irresponsables*, bajo la autoridad de los técnicos.

La finalidad del autor de esta clase de producciones literarias es meramente didáctica. Ciertos problemas de indudable transcendencia social necesitan salir del reducido ambiente del *curriculum* técnico y ser expuestos al público—a juicio del autor—no del modo descarnado y crudo habitual del hombre de ciencia, sino bajo el ropaje novelesco más o menos sazonado de truculencias. El procedimiento nos parece equivocado. Los problemas sociales engendrados por las enfermedades mentales no se avienen con esta clase de sistemas indirectos.

El problema de la peligrosidad de ciertos psicópatas, que en el año 1905 preocupara al novelista francés M. Corday, quien inspirado por el profesor Langage, escribió la novela *Les Demi-Fous*, es el mismo que el Sr. Mata intenta plantear en sus *Irresponsables*. Problema, dicho sea de paso, enfocado por el Sr. Mata con criterio algo anticuado e influido por unos cuantos libros que apenas poseen hoy sino un valor histórico.

Los numerosos errores y equivocados conceptos psiquiátricos del autor son absolutamente disculpables y en nada restan mérito a la parte puramente artística de sus historias en consonancia con su manera literaria, ya conocida y juzgada por la crítica.

No creemos llegue el lector profano, a través de la trama novelesca de las historias del Sr. Mata, a sentir el problema psiquiátrico-jurídico manifestado en ellas con la intensidad necesaria para formarse una opinión acerca de él. El Sr. Mata acentúa demasiado el carácter delictivo de sus personajes y muy posiblemente el lector extenderá esta cualidad a cuantos enfermos mentales conozca y, sin pretenderlo, el autor habrá contribuido a fomentar el miedo al enfermo de la mente sobradamente extendido en nuestro país y extraordinariamente perjudicial para el progreso de la asistencia psiquiátrica.

Altamente desconsoladora es la descripción de la fiesta en el Manicomio en que transcurre la segunda historia *En legítima defensa*. Nos ha recordado las irónicas palabras que escribiera el profesor Weygandt, años hace, sobre otra fiesta semejante, celebrada en honor de un grupo de congresistas extranjeros, y cuyo remate apoteótico fué un castizo cuadro de baile flamenco, interpretado por el elemento femenino de la parentela del director.

La lectura de *En legítima defensa* nos trae a la memoria—no por semejanzas artísticas, ciertamente—la exquisita novela de G. de Nerval, *Aurelia*, por tratarse en ella de una autodescripción de la psicosis sufrida por el autor, comparable, *mutatis mutandis*, con el relato del enfermo Miranda, que el señor Fernández Sanz, con benevolencia suma, califica de *maravilloso fragmento de autoanálisis psicopatológico*.

Tanto esta opinión que en modo alguno compartimos—como el consejo, que más adelante da a los principiantes, de leer esta novela *como ilustración literaria al capítulo de la Paranoia persecutoria... para aclarar las arideces del texto* y como *claro y ameno medio* de comprender su evolución, merecen algún comentario. En primer lugar debemos recordar, que en todo manual moderno de

LA PLUMA

psiquiatría—citemos por ejemplo uno de los más recientes, el del profesor Bleuler, en su tercera edición—se comienza el estudio de la Paranoia, precisamente, transcribiendo unas cuantas historias clínicas de ameno y nada árido texto.

Considerar una producción puramente imaginativa modelo de *autoanálisis psicológico* es, a juicio nuestro, bastante aventurado, por cuanto en ella todo es fingido y en nada corresponde a la realidad objetiva y subjetiva vivida por el sujeto creado por el autor. *Wer selbst erlebte*—escribe el psicopatólogo Jaspers—*findet am ehesten die treffende Schilderung*. El Sr. Mata, afortunadamente para él, no se halla en las condiciones exigidas por la escuela fenomenologista para autodescribir lo que no ha vivido, a pesar de su genial intuición. Podrán, claro está, alcanzar las descripciones de sus personajes patológicos la más alta perfección literaria; pero por muy desarrollada que esté la capacidad *endopatizante* del Sr. Mata, jamás podrá ser utilizable como documento científico para una *verstehende Psychologie*, la autodescripción del personaje Miranda.

El temor de sobrepasar los límites de esta nota nos obliga a terminarla y más aún, el de complicarla con técnicas consideraciones que nos colocarían sobre el nivel de los personajes de las historias del Sr. Mata cuya pedantería hemos censurado.

J. M. S.

* * *

Ramón Gómez de la Serna.—*El Doctor Inverosímil*.—Novela. Publicaciones «Atenea».

¿Una novela? Es decir, lo que el lector entiende por tal, no tanto por las clasificaciones de los géneros literarios malamente aprendidas en el bachillerato, cuanto por la propia experiencia, ajena las más veces a los nombres de los cenáculos, a las sutiles disquisiciones de los literatos, a las tertulias, críticas de los cafés. No, no es una novela. No urde el autor en sus páginas una trama en que la curiosidad del lector, suscitada por el interés de una historia en que choquen las pasiones humanas reducidas del ancho espacio y el tiempo sucesivo de la vida real al volumen de un libro y a la duración de unas cuantas lecturas, que la emoción abrevia o suspende, se vea solicitada por el encadenamiento de los sucesos imaginados por el novelista con una lógica en cierto modo fatal, el desenlace de los cuales provoca un alivio sentimental de la tensión padecida en el ánimo del lector. *El Doctor Inverosímil*, es una serie de cuentos o más bien apólogos, cuya ejemplaridad resume y casi define la última de las «Etcéteras finales» que corroboran a manera de aforismos paradójicos la intención de las historias anteriores: «Yo, por lo menos, puedo decir lo que aquel doctor que decía: *Entre mis manos pueden perder la vida, ¡pero jamás el espíritu!*»

Los casos maravillosos de *El Doctor Inverosímil* son, en efecto, fantástica galería de sombras arrancadas de la vida real, de lo más *real* de la vida si se quiere, sombras enfermas de cotidianismo, de uso diario de costumbre inveterada, a las que el mago irónico que nos presenta Ramón Gómez de la Serna

cura invariablemente con una misma receta de buen humor y de sentido común, disimulado bajo la extravagancia más inofensiva, ni más ni menos que los especialistas famosos y verosímiles que de la medicina viven.

Hay anécdotas como «La luz amarilla», «El candado de letras» o «La sorpresa de la gráfica», impresiones líricas como «La burbuja» o «La pulmonía del corazón», caricaturas como «La desesperación del poeta» en que el humorismo de Ramón Gómez de la Serna se afirma una vez más con ese carácter personalísimo que le distingue entre los jóvenes escritores españoles por su temperamento literario verdaderamente excepcional.

C. R. C.

* * *

María Enriqueta.—*Sorpresas de la vida.*—Novelas cortas. Biblioteca Nueva. Madrid.

Una fiesta mundana; las gentes bailan, ríen, conversan; de pronto, alguien da la noticia de que ha muerto una célebre bailarina; la noticia parece sobrecoger al marido de una hasta entonces mujer feliz; los celos amenazan acabar en un momento con su dicha de tantos años; una vez en su casa, de vuelta de la fiesta, el marido confiesa a su mujer el secreto que nunca le hubiera revelado; aquella bailarina célebre y escandalosa era... su hermana. Una gentil bordadora cuida afanosamente un tulipán todavía sin flor; dos vecinos se disputan sus miradas; el del balcón de arriba es osado y dicharachero; el del balcón de abajo oculta calladamente su pasión; un buen día florece el tulipán; el vecino de arriba lo obtiene al punto para el ojal de su americana; más he aquí que luego la bordadora ve venir calle arriba al vecino tímido, ostentando en el ojal el tulipán de su tiesto; se lo ha encontrado en el arroyo y viene a devolvérselo a su dueña creyendo que una racha de viento puede haberlo arrancado de su tallo; la gentil bordadora se lo da en prenda de un amor insospechado.—Una enamorada se decide al cabo a enviar a su tierno cortejador las azucenas que tras una espera de amorosa prueba han de ser señal cierta del logro de sus afanes; el mensajero portador del florido presente sólo llega a tiempo de depositarlas al pie de su féretro. Un rudo guardamonte piensa que no le falta para ser feliz sino prender a la Muerte en el cepo que él tiene siempre dispuesto para las alimañas; así no podrá sorprenderle de improvisto; sus votos se cumplen, pero la vigilancia que se ve obligado a montar noche y día porque no se escape su presa agota sus fuerzas y al cabo la Muerte consigue soltarse de sus ligaduras y sumirle en la eterna noche.

Y así tantas otras sorpresas como la vida depara en ese mundo rosado en que los hombres, si jóvenes, son mancebos apuestos; si viejos, ancianos venerables; si generosos, se ven luego recompensados, y si traidores, confundidos; mundo en que las enamoradas son siempre puras doncellas; las mujeres livianas, románticas margaritas deshojadas y los rocines, corceles briosos. Ni vea nadie en esta referencia el menor asomo de ironía. No deja de ser una de tantas vanidades la de ajustar los juicios literarios a un criterio atemperado a determinados preceptos críticos, según los cuales las novelas clásicas, románticas,

LA PLUMA

realistas, simbólicas, o meramente de folletín, son buenas en relación con el tiempo en que fueron escritas, clasificación que da por supuesta cierta ortodoxia discernida en último término por el propio clasificador que las recomienda o vitupera. El informador literario, mucho más cuando su opinión versa sobre literatura propiamente recreativa, de puro entretenimiento, no ha de formular tanto una alabanza o una condenación, como exponer simplemente a la consideración del lector que en él fía, el tono, la intención, el alcance que el autor se propuso para interesar al público a quien su obra va dirigida.

Con lo que dicho se está el gusto que han de dar a tantas lectoras y lectores estas inocentes y placenteras *Sorpresas de la vida*, de María-Enriqueta, perfumadas a veces con el soplo poético de un Heine sin hiel, de un Andersen sin lirismo, de un Fernán-Caballero, pongo por femenina sensibilidad.

C. R. C.

* * *

Federico G. Lorca.—*Libro de Poemas.*—1921, Imprenta Maroto, Madrid.

No es desconocido el nombre de este joven poeta para los lectores de LA PLUMA que ya han tenido ocasión de leer algunos de los poemas, que en este primer libro de ese autor se incluyen. En las «Palabras de justificación» con que se abre, ofrécenos Federico Lorca la imagen de sus días de adolescencia y juventud, páginas desordenadas, reflejo fiel de su corazón y de su espíritu impresionado por la vida palpitante, recién nacida para su mirada. «Sobre su incorrección, sobre su limitación segura, tendrá este libro la virtud entre otras muchas que yo advierto, de recordarme en todo instante mi infancia apasionada correteando desnudo por las praderas de una vega sobre un fondo de serranía»—dice muy acertadamente.

Más que un *Libro de Poemas*, se nos muestra la profusa selva de versos que componen esta colección, como un solo Poema, o mejor aún extensísima Silva de un solo aliento sentimental, entrecortado aquí y allá por tal cual respiro o apoyatura irónicos, cuyo acento no rompe, sin embargo, la unidad de inspiración de este canto fluyente o inagotable. Apenas si se recuerda, una vez cerrado el grueso tomo, no ya un verso, mas la configuración definida de una sola poesía. Pero el lector se siente penetrado del intenso aroma romántico que sus páginas exhalan, e incluso arrebatado por la liviana musa que de la primera a la última, trastrueca en lírico panteísmo el orden de las cosas en el universo y el sentimiento que su contemplación produce en el ánimo caótico del joven poeta.

«Tienen gotas de rocío
las alas del ruiseñor...

.....
Un vago temblor de estrellas

.....
Hoy siento en el corazón

Cazadores extrahumanos
 Están cazando luceros

 Ayer es lo marchito

 Anteayer
 es lo muerto

 Mi beso era una granada
 profunda y abierta;
 tu boca era rosa
 de papel.
 El fondo un campo de nieve

 ¡Oh qué dolor el tener
 versos en la lejanía
 de la pasión, y el cerebro
 todo manchado de tinta!

 El silencio redondo de la noche
 sobre el pentágrama
 del infinito.»

Poesía vaga en que los sentidos corporales prestan al espíritu las formas espectrales de un mundo flotante en quimérica niebla entretejida con el hilo de los sueños. No sería difícil hallar el árbol genealógico de este nuevo poeta, tan estremecido y sensible, en la oscura selva de los románticos más delicuescentes, cuya savia injerta en nuestro suelo dió las líricas flores de un Bécquer, y más tarde, por sutiles cultivos y destilaciones, las quintaesencias de un Juan Ramón Jiménez.

C. R. C.

* * *

Valentín Andrés Alvarez.—*Reflejos.*—Madrid. MCMXXI.—Editorial Galatea.

«Las cosas no son bellas en sí mismas, son bellas en reflejos. La belleza no está nunca en la *realidad*, sino en la *virtualidad*.—Puede ésta patentizarse de dos modos: a). Viendo las cosas no como son, sino como efímeras cristalizaciones de todo lo que fueron y serán, lo cual existe en ellas de un modo virtual. b). En expresar las cosas por imágenes (simetría perfecta entre la cosa y su imagen virtual.)»

Añádase a este credo poético la afirmación de la pureza espiritual en razón inversa de la distancia que separa la materia de nuestros sentidos.

«... la distancia purifica las cosas
 y crea la belleza...»

Y no necesita más razones el nuevo poeta, ni ninguno, para justificar los motivos de su inspiración. La de Valentín Andrés Álvarez es clara, precisa, gusta de la brevedad, prefiere la serena armonía del tono menor a la ronca voz y la sonora pompa. La sencilla filosofía de estos *Reflejos* no pretende en vano suplantar los métodos propios de la disquisición científica; esencialmente poética, sus sentencias y aforismos no presuponen una intención metafísica, pero denuncian, eso sí, cierta disciplina lírica que temple el exceso sentimental con la razón y presta cierta gracia musical a la lógica del universo.

Cuando se despreocupa, además, de toda consideración retórica, técnica, o como quiera llamarse a ese prurito de explicar en cada composición el concepto que de la poesía se tiene, prurito de que adolecen por lo general los poetas nuevos, Valentín Andrés Álvarez escribe poemas como esta *Canción de Primavera*, cuyo mejor comentario es la simpática emoción que su lectura suscita:

«Un trocito de jardín
en la florida maceta,
y un poco de aire sonoro
en la jaula bullanguera.

Qué tristes débeis estar
trocitos de primavera,
arrancados sin piedad
de la florida floresta.

Qué tristes débeis estar
trocitos de primavera,
soñando en la libertad
de la florida floresta.

Y nuestro amor (besos sólo),
trocito de primavera,
y nuestro ardor contenido
soñando con la floresta.

(pobre pájaro en la jaula,
pobre flor en la maceta)
sin gozar la libertad
de la dulce primavera.»

C. R. C.

